

PROCLAMACION LITURGICA Y EXTRALITURGICA DE LA PALABRA

El hombre de hoy, ante la Liturgia del Vaticano II

La Semana Diocesana de Pastoral, celebrada en Bilbao del 11 al 16 de enero del presente año 1965, nos dio la oportunidad de hacer estas reflexiones, que hoy deseamos hacer públicas a los lectores de la Revista catequística SÍNITE. Nuestro fin es colaborar siquiera en algún sector con los pastoralistas españoles a *una Pastoral de conjunto*, partiendo, en estos momentos, de la coyuntura feliz que la Iglesia Uníversal vive en nuestros días: la puesta en marcha del primer fruto conciliar, la Renovación de la Patoral Litúrgica en el mundo entero. ¿Tienen que ver algo la Liturgia y la Catequesis? El artículo está en la línea de los temas del volumen 6 de SÍNITE 1964.

A. INTRODUCCIÓN: LA PALABRA DE DIOS EN EL MARCO LITÚRGICO.

La Constitución Conciliar sobre la Sagrada Liturgia es *una exaltación de la Palabra de Dios*. Es el reconocimiento oficial y conciliar de la Sagrada Biblia como *tejido fundamental de la acción litúrgica*.

1. *La Sagrada Liturgia es un diálogo*.—«En la Liturgia, Dios habla a su pueblo; Cristo sigue anunciando el Evangelio. Y el pueblo responde a Dios con el canto y la oración» (Const., 33).

En efecto, desde el siglo IV, el esquema fundamental de la Liturgia es éste:

Lectura, canto, oración del pueblo y del sacerdote. La trama de estos tres elementos la da la Palabra, la Biblia.

Y para que Dios y su Cristo sigan hablando a su Pueblo, exponiéndole claramente la totalidad de su Plan de Salvación, la *Constitución* añadirá más adelante:

«A fin de que la mesa de la Palabra de Dios se prepare con más abundancia para los fieles, ábranse con mayor amplitud los tesoros de la Biblia, de modo que, en un período determinado de años, se lean al pueblo las partes más significativas de la Sagrada Escritura» (*Const.*, 51).

2. *Estos textos bíblico-litúrgicos «proclamados» han de ser «predicados»* por la Iglesia dentro de la acción litúrgica y en el marco del año litúrgico:

«Se recomienda encarecidamente, como parte de la misma Liturgia, la homilía, en la cual se exponen, durante el ciclo del año litúrgico, a partir de los textos sagrados, los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana» (*Const.*, 52).

Esta homilía —precisa la *Instrucción*— es «una explicación de algún aspecto de las lecturas bíblicas o de otro texto del ordinario o del propio de la misa del día, teniendo en cuenta el misterio que se celebra y las necesidades particulares de los oyentes» (*Inst.*, 54).

Si se distribuyen esquemas de predicación, «deben guardar una íntima y armónica relación, al menos, con los principales tiempos del año litúrgico; es decir, con el Misterio de la Redención porque la homilía es parte de la liturgia del día» (*Inst.* 35).

3. *La Palabra proclama la Historia de la Salvación y es celebrada en el Rito.*—Este último párrafo de la *Instrucción* (55) nos lleva de la mano a dos aspectos puestos de relieve en el documento conciliar: Los textos bíblicos tienen algo que ver con el rito: lo que la Palabra ha proclamado, es celebrado, actualizado en la Liturgia del Sacrificio y ello no es otra cosa que la acción salvífica del Padre a lo largo de la Historia de la Salvación y concentrada en Cristo, Muerto y Resucitado:

«Para que aparezca con claridad la íntima conexión entre la Palabra y el rito en la Liturgia:

1) En las celebraciones sagradas debe haber lecturas de la Sagrada Escritura más abundantes, más variadas y más apropiadas.

2) Por ser el sermón parte de la acción litúrgica... *las fuentes*

principales de la predicación serán la Sagrada Escritura y la Liturgia, ya que es una proclamación de las maravillas obradas por Dios en la Historia de la Salvación o misterio de Cristo, que está siempre presente y obra en nosotros, particularmente, en la celebración litúrgica» (Const., 35).

4. *El «hoy» de la Palabra en la Liturgia.*—De aquí podemos concluir que la Historia de la Salvación o Misterio de Cristo proclamado en los textos Bíblicos, tiene su «ahora» eficaz, especialmente en la Sagrada Liturgia:

«Para realizar obra tan grande (la de la salvación, proclamada en la Predicación de la Palabra), Cristo está siempre presente en su Iglesia, *sobre todo* en la Acción Litúrgica.

Está presente en *el Sacrificio de la Misa*... Está presente con su fuerza en los Sacramentos... Está presente con su Palabra, pues, cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, El mismo que prometió: "Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo, en medio de ellos"» (Mat., 18, 20) (Constitución, 7).

5. *Los Sacramentos a la luz de la Palabra.*—A fin de que los Sacramentos sean verdaderos «signos» de realidades invisibles, se les pone más en contacto con la Palabra *intra missam*. Así, «la Confirmación puede ser celebrada, según las circunstancias, dentro de la Misa» (Const. 71).

«Celébrese habitualmente el matrimonio dentro de la Misa, después de la lectura del Evangelio y de la homilía...

Si el Sacramento del matrimonio se celebra sin Misa, léanse, al principio del rito, *la Epístola y el Evangelio de la Misa de los esposos*» (Const., 78). Y la Instrucción añade *la Homilía*, inspirada en los textos Litúrgicos de la Misa de los esposos (Instr., 74).

6. *La Palabra, proclamada y celebrada en la Liturgia para después vivir el Misterio Pascual.* Hay otro aspecto importante en relación con la Palabra intralitúrgica y es que: la Salvación, proclamada y celebrada en el «Hodie» de la Liturgia, está proyectada a seguir realizándose en el «Hodie» de nuestra vida.

«La razón de ser de esta acción pastoral, centrada en la Liturgia, es hacer que se traduzca en la vida del Misterio Pascual, en el que

el Hijo de Dios, Encarnado y Hecho Obediente hasta la muerte de cruz, es exaltado en su Resurrección y Ascensión, de suerte que pueda comunicar al mundo la vida divina, por la que los hombres, muertos al pecado y configurados con Cristo. «ya no viven para sí, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Cor., 5, 15) (*Instrucción*, 6).

En efecto, «la lectura —dice Maertens— de un texto bíblico en la Liturgia es la proclamación actual de una palabra eterna y la realización de la historia de la salvación en el "hodie" de nuestra vida.» (Citado por Casiano Floristán, o. c. p., 57.) Por otra parte,

7. *La Palabra, unida a la música sagrada, es un elemento imprescindible para la formación de la comunidad Litúrgica:*

«El canto sagrado, unido a la palabra, constituye una parte necesaria o integral a la Liturgia Solemne.

Los Obispos y demás pastores de las almas procuren cuidadosamente que, en cualquier acción sagrada con canto, toda la comunidad de los fieles pueda aportar la participación activa que le corresponde (*Const.* 114).

«Los textos destinados al canto sagrado deben estar de acuerdo con la doctrina católica, más aún, deben tomarse principalmente de la Sagrada Escritura y de las fuentes Litúrgicas» (*Const.* 121).

8. *Las Celebraciones de la Palabra*, por otra parte, son un medio de educar a los fieles *en la audición de la palabra en el marco Litúrgico*. Por eso, en las Celebraciones de la Palabra, «cuya estructura será la de la Liturgia de la Palabra en la Misa», «la lectura del Antiguo Testamento precederá normalmente a la del Nuevo Testamento y la lectura de Santo Evangelio será como la cima de la celebración, de suerte que se vea claramente el sucederse de la Historia de la Salvación» (*Instr.*, 38).

Y de la misma manera, la *Instrucción* pide que, como en las Celebraciones Litúrgicas «los cantos intercalados entre las lecturas bíblicas de las Celebraciones de la Palabra estarán tomadas preferentemente de los salmos» (*Instr.*, 37).

9. *En resumen*, «en la Celebración Litúrgica la importancia de la Sagrada Escritura es sumamente grande. Pues de ella se toman las lecturas que luego se explican en la homilía y los salmos que se cantan, las preces, oraciones e himnos litúrgicos están impregna-

dos de su espíritu y de ella reciben su significado las acciones y los signos.

Por tanto, para procurar la reforma, el progreso y la adaptación de la Sagrada Liturgia, hay que *fomentar aquel amor suave y vivo a la Sagrada Escritura*, que atestigua la venerable tradición de los ritos, tanto orientales como occidentales» (*Const.* 24).

B. LOS FIELES DE LA IGLESIA DE HOY ANTE LA LITURGIA DE LA PALABRA: ESTADO DE LA CUESTIÓN.

Ante este panorama de la proclamación y predicación de la Palabra de Dios en la Liturgia de la Palabra, de su celebración en la Liturgia del Sacrificio y de su realización en la vida diaria, no podemos menos de preguntarnos: Nuestros fieles, ¿qué captan y, sobre todo, qué captarán de ahora en adelante, de toda esa acción litúrgica, en especial de la Misa, estructurada en torno a la Palabra divina?

Es cierto que una gran parte de la Liturgia de la Misa y de los Sacramentos estará en castellano, en catalán, en vascuence, etcétera. Y, sin embargo, no basta que la Liturgia hable la lengua del pueblo para poder penetrar en el esplendor de sus signos y en la realidad sobrenatural que se realiza bajo sus velos.

Supongamos que tenemos un primer contacto con una familia. Es la primera vez que vamos a comer con ella. La conversación es muy amena. Se habla del presente y del pasado de la familia. Se evocan frases, palabras, gestos de familiares difuntos. Toda la familia está pendiente de los labios de los que recuerdan a los antepasados. Nosotros *entendemos, oímos todo*, pues se habla en castellano, en catalán, en vascuence, etc., *quizá comprendemos algo*, pero muchas cosas se nos escapan. *No estamos iniciados* en los secretos de la familia.

Lo mismo nos sucede cuando vamos a una nación extranjera. Sabemos, quizá la lengua, entendemos todo, pero la dimensión profunda de las frases, gestos, historias, anécdotas, *se nos escapa*. Nos falta *una vivencia* larga de aquellas realidades, las cuales, para ser evocadas entre los ya *iniciados* es suficiente una palabra o un gesto sin importancia.

Eso es todavía la Liturgia Sagrada de la Misa y de los Sacramen-

tos para nuestros fieles: «Una familia llena de secretos», «Una nación extranjera», a suya *historia y actualidad no están iniciados*.

En efecto, el Mensaje bíblico, homilético y litúrgico, tal como la Iglesia lo proclama, lo predica y lo celebra en las acciones litúrgicas, *está condicionado*, en su transmisión y en su vivencia, *por la formación religiosa de los fieles de hoy*.

1. Ahora bien, la Liturgia actualiza *la historia de la Salvación*, es decir, la acción salvífica de Dios a lo largo de la historia: sin embargo, nuestros fieles no se sienten inmersos en la Historia Santa, por falta de un cultivo más específico del sentido de la Historia de la Salvación durante su formación religiosa desde niños.

«Conocer a Dios y a Aquél a quien nos ha enviado: Jesucristo es más que una mera actividad de la inteligencia, fácil de confundirse con cualquier conocimiento filosófico. El conocimiento de Dios en el Antiguo Testamento y en el Cristianismo está por encima de la metafísica. No se trata tanto de la preocupación por conocer lo que Dios es *en sí mismo*, como de conocer sus *mirabilia* las cosas asombrosas, extraordinarias, que ha realizado por nosotros, el plan divino de nuestra salvación a través de los siglos.

Los *mirabilia Dei* constituyen el punto de partida y «el objeto» de las «eucaristías» de las plegarias de bendición del Antiguo Testamento y de las del Nuevo (Dom Nocent. *Contemplar su gloria*, páginas 91-97). Todo esto escapa a nuestros fieles de hoy, niños, adolescentes, jóvenes y, sobre todo, a los adultos.

2. Por otra parte, la Liturgia está *centrada en el Misterio Pascual* de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús, rematadas por su Ascensión y por Pentecostés: Sin embargo, la vida espiritual de nuestros fieles *no gravita* hacia ese Centro que es el Cristo, *Señor*, el *Cristo Pascual*, Muerto, sí, pero Resucitado, y todo por esa falta de visión *sintética* de la Historia de la Salvación y *de su vivencia* en la Liturgia, ausente en ellos desde la catequesis de su infancia. Quizá, caricaturizando un poco, podríamos decir que nuestros fieles, a fuerza de vivir polarizados, desde los años del Catecismo infantil, en torno de la Cruz, y de Jesús, Sufriente y Muerto, viven aquella frase de Fuensanta, la niña de nueve años: con ingenuidad infinita escribió en el comienzo de una composición castellana sobre Jesús: «Y cuando murió Jesús, *que en paz descansé...*»

A nuestros fieles les falta *la experiencia religiosa de un Jesús*

Resucitado, que es contemporáneo nuestro y sigue hoy salvándonos especialmente en las acciones Litúrgicas. No lo asimilaron en su sensibilidad religiosa durante la primera etapa de formación religiosa.

3. Más: la Liturgia de la Palabra, «proclamada» y «predicada», ha de tener en cuenta, por lo menos, *el clima del tiempo Litúrgico*, es decir, de la fase del año litúrgico que la Iglesia vive. En cambio, nuestros fieles, normalmente, no han recibido su formación religiosa, y, menos, vivido su vida cristiana, al ritmo del calendario litúrgico anual. Habrá, pues, un aspecto de la predicación y del Misterio litúrgicos que se escapará a muchos de entre ellos.

4. La Liturgia de la Palabra, por otro lado, incluye la homilía o predicación a unos fieles concretos y en circunstancias concretas, de los textos bíblicos o litúrgicos. Pero *la homilía, además, dará el paso de la Palabra proclamada al rito eucarístico*, en que dicha Palabra salvadora *se analiza y se hace eficazmente salvadora*; la homilía es la predicación intralitúrgica, intrínsecamente ligada al rito. En otras palabras, la homilía pregonará el «Hoy», el «Ahora» de la Salvación, especialmente actualizada en la Liturgia Eucarística. Sin embargo, nuestros fieles, por insuficiencia de formación vivencial religiosa, no se sienten durante la Liturgia Eucarística participando en la Salvación, proclamada en las lecturas y presente en ese «Ahora», eficazmente salvador para ellos.

5. Añádase a esto que la Liturgia, especialmente la de la Palabra, *es un diálogo iniciado por Dios Padre, por Cristo, con su Pueblo.* En cambio, *el Pueblo de Dios* de hoy todavía no cae suficientemente en la cuenta de que *es Dios mismo quien le habla* y de que su respuesta a Dios a su Esposo Cristo ha de ser dada conscientemente *en cuerpo de comunidad, como Pueblo Dios.* Lo que de niños no se vive, difícilmente se encarna en la edad adulta. Una Catequesis *no comunitaria*, no puede troquelar creyentes con acentuado espíritu comunitario, como lo exige la Iglesia en la participación litúrgica.

6. Añadamos que la Liturgia de la Palabra y la Liturgia Eucarística son la proclamación, la predicación y la celebración o actualización de la Salvación «en Cristo», manifestada a la asamblea cristiana *a través de signos bíblicos y litúrgicos.* En cambio, el actual

Pueblo de Dios, en parte, por pertenecer a la era técnica en que la simbología discurre por otro camino, en parte, por falta de iniciación temprana a la lectura de los signos divinos, durante la Celebración Litúrgica, ese Pueblo de Dios está sumergido en un universo en el que se siente, o tiende a sentirse, casi ciego y sordo y, por tanto, lógica y psicológicamente, *mudo*.

7. En fin, la Liturgia habla *un lenguaje directo*, concreto, sugestivo, el lenguaje típicamente bíblico. Nuestras homilias, en cambio, trasponen el mensaje bíblico y popularmente inteligible, en moldes teológicos, abstractos, «en respuestas del Catecismo Nacional», muchas de las cuales son difícilmente *asimilables* para los niños y aún para los adultos.

Algunos obreros de París, hace ya años, reciben de su párroco una introducción popular a los Libros Proféticos y oyen la lectura de Amós, Isaías, etc., por lo menos, en sus poemas más característicos. Reacción final de los oyentes: «Pues si la religión es eso, nosotros somos hombres religiosos cien por cien. Pero no es eso, no. Ya no se oye predicar así... Dice usted que ésa es la verdadera religión católica; pero eso no es más que la interpretación personal de usted. Lo cierto es que no oímos ya en los púlpitos palabras como ésas. La prensa católica no nos obsequia tampoco con esos mensajes proféticos» (P. Retif., o. c., pág. 423).

En el mismo sentido se expresa un seglar, haciendo la recensión de un libro profundamente franciscano por ser profundamente evangélico: *Sabiduría de un pobre*, de Eloi Leclerc:

«A todos llegan las palabras verdaderas de Eloi Leclerc. Muchas veces hemos pensado, mientras oíamos en la Iglesia al sacerdote, pronunciando su homilía, que el evangelio no nos llega por culpa de las palabras. Y las palabras que oíamos pasaban por sobre nuestras cabezas y ninguna, o muy pocas, se quedaban con nosotros. Porque los hombres somos así, los cristianos somos así, no nos llega el contenido liso y llano del evangelio porque nos empeñamos y se empeñan en no traducirlo al lenguaje de los hechos concretos, de los sucesos de cada día. La vida cristiana es muy rica y está viva..., como Cristo esta vivo todos los días desde que murió y resucitó de entre los muertos..., con una vida palpitante, actual, personalísima y encarnada.

Por eso nos alegramos el día que leímos por primeravez *Sabidu-*

ría de un pobre. Ya teníamos el ejemplo. Ya sabíamos cómo trasponer el mensaje de Cristo a nuestro hoy» (Adolfo Castaño en «Aún» número 64, sept. 1964, pág. 30).

Todo lo que llevamos dicho *se resume* en un solo pensamiento: *el cristiano de hoy está bastante desfasado, por causa de su formación religiosa, de la Palabra proclamada, predicada y celebrada en la Sagrada Liturgia tal como hoy nos la ha definido solemnemente la Iglesia en el Concilio Vaticano II: ¿Hay remedio para esta situación?*

C. LA EDUCACIÓN DE LA FE POR LA PALABRA: LA CATEQUESIS.

Como toda la Liturgia, la Santa Misa y los Sacramentos son *un Misterio*, el «Misterio de Cristo Salvador» *en acción eficaz hoy*. Por eso, el cristiano ha de acercarse a ellos *con fe viva*.

«La Sagrada Liturgia —dice la *Constitución* (9)— no agota toda la actividad de la Iglesia; pues para que los hombres puedan llegar a la Liturgia, es necesario que antes sean llevados a la fe y a la conversión» ¿Cómo invocarán a Aquél en quien no han creído? O, ¿cómo creerán en El, *sin haber oído* de El? Y, ¿cómo oirán, si nadie les predica? Y, ¿cómo predicarán si no son enviados?» (Romanos, 10, 14-15).

«Según está escrito: "¡Qué hermosos los pies de los que anuncian los bienes" (mesiánicos)! (Is., 52, 7). Pero no todos prestaron oído *al Evangelio*. Porque Isaías, dice (53, 1): "Señor, ¿Quién dio oído a nuestra Palabra?". Luego la fe viene de la audición y la audición por *la palabra de Cristo*» (Rom., 10, 15-17).

«Por eso —sigue diciendo la *Constitución*—, a los no creyentes la Iglesia *proclama el mensaje de Salvación* para que todos los hombres *conozcan al único Dios verdadero y a su Enviado, Jesucristo, Y se conviertan de sus caminos haciendo penitencia*» (Jn., 17, 3; Luc., 24, 27; Act., 2, 38).

«Y a los creyentes *les debe predicar continuamente la fe* y penitencia y debe *prepararlos, además, para los Sacramentos, enseñarles a cumplir todo cuanto Cristo mandó* (Mat., 28, 20) y *estimularles a toda clase de obras de caridad, piedad y apostolado*, para que se ponga de manifiesto que los fieles, sin ser de este mundo,

son la luz del mundo y dan gloria al Padre delante de los hombres» (Const. 9).

En resumen, a los no creyentes y a los creyentes *há y que predicarles el Evangelio*, la Palabra, para *despertar o estimular su fe*, para que después puedan *dar testimonio de su caridad* en la vida diaria y apostólica, y *puedan acercarse conscientemente al Rito*, al Sacramento, a la Liturgia.

Palabra, fe, sacramento, he aquí la dinámica de la Salvación. La Liturgia supone la fe que viene por la Palabra y, a la vez, la Liturgia alimenta la fe, porque «proclama» y «celebra» la Palabra, que anuncia la Salvación.

«Si hay poca fe es normalmente porque no enfrentamos a nuestros fieles con la Palabra» (C. Floristán, o. c., pág. 57).

Ahora bien, «cuando *educamos la fe por medio de la Palabra*, hacemos *Catequesis*» (Jean Honoré, o. c., pág. 17, comentario al artículo 4), pues la Catequesis es «la función pastoral, que trasmite la Palabra de Dios para despertar y alimentar la fe (Idem, artículo 4) *por los métodos más apropiados*, que ayuden a los hombres, *tal cual son*, a acoger dicha Palabra de Dios.

Y aquí está nuestro error de Catequistas, sacerdotes, religiosos o seglares: catequizar no dice necesariamente relación exclusiva a los niños o a los adolescentes. Confundimos la Catequesis con la Enseñanza Religiosa. Esta, la Enseñanza Religiosa, es *un modo*, privilegiado, sí (Idem. art. 44), pero *un modo de Catequesis*, una forma de educar la fe por la Palabra. En realidad, *la Catequesis coincide con la Predicación*. Siempre que predicamos la Palabra de Dios a la comunidad o a un miembro de ella, hacemos Catequesis. En los Ejercicios Espirituales, en un retiro, en un novenario; en unas Ejercitaciones del M. M., en unas Misiones Parroquiales; en unas Conferencias Cuaresmales, en la revisión de la vida de los grupos de Acción Católica especializada, incluso en la dirección de conciencia o en la visita a los enfermos, siempre que *anunciemos la Palabra de Dios en nombre de la Iglesia*, hacemos Catequesis (Jean Honoré, o. c., pág. 94, comentario al art. 44).

La Catequesis, pues, es *para todos, para todas las edades del hombre y para todos los ambientes y tiene mil modos de expresión*.

Nos quejamos de que, con las nuevas orientaciones del Concilio sobre la homilía, ya no hay posibilidad de hacer un «Catecismo de adultos» durante la Misa, recorriendo *sistemáticamente* el conte-

nido de la Doctrina Cristiana o decimos que, a lo sumo, habrá que esperar a que el *Consilium* presente y apruebe una nueva estructuración de lecturas bíblicas en un ciclo de tres, cuatro o cinco años, para poder exponer la plenitud de la Doctrina Cristiana.

Sin embargo, no nos damos cuenta de que, quizá, podríamos hacer unas «homilias catequéticas» en ciertos domingos «grises» del año litúrgico (III-VI Domingos de Epifanía, en algunos entre el III y el XXIII de Pentecostés). Que, además, contamos con no pocas ocasiones, *aun sin buscar otras* que debemos buscar, para hacer una *verdadera Catequesis de adultos*: las predicaciones de novenas; las misiones; los Ejercicios Espirituales abiertos y en retiro; unas Conferencias cuaresmales; unas conferencias prematrimoniales; unos coloquios con los padres de nuestros niños de colegios o catequesis; unas charlas a los padres y padrinos en vísperas del bautizo o de la Confirmación; unas reflexiones sabrosas y breves, partiendo de los textos bíblico-litúrgicos del día en vez de la lectura espiritual después del Rosario, etc., Todos ellos son momentos oportunos para unas catequesis de adultos sobre temas monográficos.

Eso sí, *una cosa es necesaria para que esas predicaciones sean verdadera Catequesis*: que todas sean *formas diversas de transmitir la Palabra de Dios en orden a alimentar la fe*. La Sagrada Biblia es *el punto de partida y el sustrato*, a veces, constantemente a flor de labios, de *toda predicación cristiana* hecha en nombre de Iglesia.

Teología y Catequesis-Predicación, funciones necesarias del Magisterio eclesiástico que ejercitamos como sacerdotes-delegados del Obispo, o como catequistas seglares *con misión* de educar la fe. Pero la Teología tiende directamente la inteligencia de la fe, del dato revelado, mientras que la Catequesis-Predicación tiende a presentar el dato revelado *como Mensaje o Palabra divina para nutrir la fe de los hijos de Dios*. (G. Mencía: SINITE, enero-abril 1965, página 74; «Pastorale catechétique», Jean Honoré, comentario al artículo 4.)

El Mensaje catequético es más amplio que la Teología. Si predicamos *sólo* lo que aprendimos en la Teología dogmática, truncamos el Mensaje. Un ejemplo un tanto luminoso: una de las causas para «hacer teología» ha sido siempre la defensa del contenido doctrinal del Mensaje contra las herejías. Pues bien, como *la Personalidad* del Hijo y del Espíritu Santo y la estructura teándrica de Cristo fueron controvertidas en los primeros siglos (IV-VII) tene-

mos abundante Teología «Cristológica» y «Pneumatológica». En cambio, como desde el ángulo trinitario, prácticamente, nunca se ha atacado a la *Persona* del Padre ni en sí misma ni en su perspectiva redentora, como Fuente del Plan Salvador, no ha habido, hasta hace pocos lustros, una verdadera Teología del Padre. Y, ¿quién dudará que el tema de la Paternidad de Dios es elemental y trascendental en la Catequesis de niños, de adolescentes y de adultos?

Volviendo a nuestro tema hay numerosas ocasiones en nuestra pastoral diaria, mensual y anual, para hacer una Catequesis *a-sistemática*, pero de profundización en ciertas realidades de la vida cristiana. Pero todas esas *formas de Catequizar* deben tener un *denominador común*; «alimentar la fe interior, subjetiva, la "fides qua creditur", por la transmisión de la Palabra de Dios».

D. LA CATEQUESIS, PROCLAMACIÓN EXTRALITÚRGICA DE LA PALABRA Y DISPOSICIÓN PSICOLÓGICA Y ESPIRITUAL PARA LA SAGRADA LITURGIA.

Según lo que veníamos diciendo, además de la *Proclamación y Predicación Litúrgica* de la Palabra, existe una *Proclamación y una Predicación Extralitúrgica de la misma*, que es la *Catequesis en el sentido definido, necesaria para preparar a los fieles a la Proclamación Litúrgica*. La Historia de la Salvación es testigo de ello. En efecto:

1. Los libros de los Profetas fueron proclamados en el Culto de las sinagogas durante y después del destierro y eran escuchados por los judíos fieles como Palabra actual de Dios. Pero *antes* de esta proclamación litúrgica, los profetas «vocearon» la Palabra de Dios al Pueblo en las calles, en las plazas y en los campos, llamándole a la «conversión del corazón» y anunciando el Reino venidero.

2. Así mismo, los «logia» y los «hechos» de Jesús son estructurados, con diversas intenciones, en los Evangelios, por sus autores: pero todos los libros del Nuevo Testamento llegan a ser proclamados en el Culto. Y, sin embargo, ellos mismos son *reflejo de la Predicación catequética de Jesús y de los Apóstoles*, que disponían la fe del pueblo a la eficacia del Culto, del Sacramento (*Const. 5; Constitución Conciliar sobre la Iglesia, 5*).

3. *Con las predicaciones apostólicas sucede lo mismo*: éstas son pronunciadas en las primeras asambleas litúrgicas cristianas (Hechos de los Apóstoles, 2, 41-47) y proclamadas más adelante en forma de lectura cristalizadas en los Escritos neotestamentarios. Y, sin embargo, los Hechos de los Apóstoles, por una parte, son testigos de que los Apóstoles habían preparado la fe de los conversos por el Kerigma o Catequesis de conversión y, por otra, los Evangelios y Cartas apostólicas nos dan testimonio de las Catequesis apostólicas de los neoconversos (*Constitución Conciliar sobre la Iglesia*, 9).

4. Por fin, *la Iglesia de hoy* sigue proclamando, predicando y actualizando la Palabra de Dios en las acciones litúrgicas (*Const.*, 7), pero para preparar la de sus hijos al rito sacramental se lo proclama y predica también *fuera del culto, en toda forma de Catequesis* (*Constitución Conciliar sobre la Iglesia*, 5).

Dos de estas formas de Catequesis que preparan a los fieles a la Sagrada Liturgia son: 1) *La Catequesis preferentemente litúrgica* (*Const.*, 35, 3) y 2) *La Enseñanza Religiosa*.

1) *Catequesis preferentemente litúrgica*

Tanto la *Constitución* como la *Instrucción* sobre la Sagrada Liturgia, piden constantemente una Catequesis *preferentemente litúrgica*, es decir, cuyo objeto primordial sean las acciones, las perícopas bíblicas, los cantos, los tiempos, las oraciones, la asamblea, los *signos litúrgicos*. Esta Catequesis litúrgica, «que ilumina los *elementos litúrgicos* con la *luz de la Palabra bíblica*», será siempre necesaria en todos los tiempos, pero hoy, además, es una Catequesis de emergencia, sobre todo, para los jóvenes y adultos, cuyo *sentido litúrgico* no ha sido formado en sus años de Enseñanza Religiosa.

«La *vacatio legis* —dice la *Instrucción*— en los decretos litúrgicos tiene como fin el instruir a los fieles "por medio de una catequesis adecuada"» (*Instr.*, 10).

«La *reforma general de la liturgia* —ha dicho ya antes— *será mejor* recibida por los fieles, si se va realizando por grados y progresivamente y si los Pastores se la proponen y *explican por medio de una conveniente catequesis*» (*Instr.*, 4). Esta *Catequesis adecuada* abarcaría, por lo menos, los puntos siguientes:

1. *Una Catequesis litúrgica que asegure la participación litúr-*

gica según la índole de los fieles: «Los pastores de almas fomenten con diligencia y paciencia la educación litúrgica y la participación activa de los fieles, interna y externa, conforme a su edad, condición, género de vida y grado de cultura religiosa, cumpliendo así una de las funciones principales del fiel dispensador de los Misterios de Dios» (Const., 19).

2. Una *Catequesis que asegure en los fieles una disposición de alma abierta al Misterio:* Para asegurar la plena eficacia de la Sagrada Liturgia, con recta disposición de ánimo, pongan su alma en consonancia con su voz y colaboren con la gracia divina, para no recibirla en vano (2 Cor., 6, 1). Por esta razón, los pastores de almas deben vigilar para que en la acción litúrgica no sólo se observen las leyes relativas a la celebración válida y lícita, sino también *para que los fieles participen en ella consciente, activa y fructuosamente*» (Const. 11).

3. Una *Catequesis litúrgica en acción a través de las Celebraciones de la Palabra de Dios:* «Foméntense las Celebraciones sagradas de la Palabra de Dios en las vísperas de las fiestas más solemnes, en algunas ferias de Adviento y Cuaresma» (Const. 35, 4).

4. Una *Catequesis que fomenta el clima de comunidad fraternal y cultural:* «Hay que trabajar para que florezca el sentido comunitario parroquial, sobre todo en la celebración común de la Misa dominical» (Const., 42).

5. Una *Catequesis litúrgica que dé el relieve a toda la Misa, incluida la Liturgia de la Palabra:* Porque «las dos partes de que consta la Misa, a saber: la Liturgia de la Palabra, y la Eucaristía, están tan íntimamente unidas, que constituyen un sólo acto de culto. Por esto el Sagrado Sínodo exhorta vehementemente a los pastores de almas *que en la catequesis instruyan cuidadosamente a los fieles acerca de la participación en toda la Misa, sobre todo los domingos y fiestas de precepto*» (Const., 56).

6. Una *Catequesis que revalorice la fe de los fieles en el domingo:* «El domingo es la fiesta primordial, que debe presentarse e inculcarse a la piedad de los fieles» (Const., 106). «*Oriéntese el espíritu de los fieles, sobre todo a las fiestas del Señor, en las cuales se celebran los misterios de salvación durante el curso del año*» (108).

7. Una *Catequesis litúrgica que sensibilice la fe de los cristianos en el sentido Bautismal y penitencial de la Cuaresma:* Dese par-

ricular relieve en la Liturgia y en la Catequesis litúrgica al doble carácter de dicho tiempo» (*Const.*, 109).

Y «en cuanto a esta catequesis, incúlquese a los fieles, junto con las consecuencias sociales del pecado, la naturaleza propia de la penitencia, que lo detesta en cuanto es ofensa a Dios; no se olvide tampoco *la participación de la Iglesia en la acción penitencial* y encarázcase la oración por los pecadores» (*Const.*, 109, bs).

Pero, para ir al fondo de lo que la «Constitución sobre la Sagrada Liturgia» entiende por «Catequesis», se ha de tener en cuenta que hacer *Catequesis litúrgica*, por ejemplo, sobre la Asamblea, sobre el Templo, sobre el Canto, sobre el Altar, sobre un Salmo, sobre el Rito de entrada, etc., no es dar una *Instrucción litúrgica sobre estos temas*, aunque se empleen los métodos activos y todas las técnicas audio-visuales más modernas. *Solamente instruir* en éstos y en otros temas litúrgicos sería quedarse en la pura esfera cerebral. Nuestros fieles habrían quizá *entendido* el sentido *ético* del por qué de la Asamblea; el sentido *arqueológico* del Altar y del Templo; el sentido *histórico* del Rito de entrada, el sentido científico del «Amen» del final del Canon; la razón de suprimir el último Evangelio y el Salmo 42; la historia de la «Oratio fidelium», pero habría quedado sin darles la dimensión de *la Experiencia religiosa* que sólo se puede vivir *en un clima de silencio religioso* DONDE LA PALABRA DE DIOS ILUMINA DICHO TEMA DESDE EL ANTIGUO AL NUEVO TESTAMENTO Y LA VOZ DE LA IGLESIA ACLARA EL SENTIDO PROFUNDO DE DICHS ELEMENTOS Y SIGNOS LITÚRGICOS A LO LARGO DE LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN. Más aun, esta *verdadera Catequesis litúrgica breve* convendría terminarla haciendo una *oración oral o cantada comunitaria* en que, de alguna manera, los fieles vivieran lo que acaban de oír. (El tema sobre la Asamblea; el Templo; la Palabra de Dios...) Esa sería su respuesta *experiencial* a la Palabra del Señor, que acaba de iluminar el Rito.

Resumiendo: todo elemento o tema litúrgico ha de ser «catequizado» en el sentido técnico del término: es decir, puesto a la luz de la Palabra vétero y neotestamentaria en orden a iluminar *el signo litúrgico*, educador de la fe.

2) Enseñanza Religiosa

Sin quitar ningún valor a esta Catequesis *directamente* litúrgica dada para los niños, pero *especialmente* para jóvenes y adultos, cree-

mos que *la solución radical*, capaz de estructurar la sicología religiosa de los cristianos «para participar activa, consciente y fructuosamente en la Liturgia», no puede ser otra que «ese modo privilegiado» o forma sistemática de Catequesis que es *la Enseñanza Religiosa* en sus cuatro dimensiones: bíblica, litúrgica, eclesial y escatológica.

La Enseñanza Religiosa es «*la proclamación y predicación de la Palabra de Dios*»:

1. Hecha fuera del culto, pero en orden al Culto y en orden a vivir diariamente en calidad de hijos de Dios;
2. hecha a los hijos de Dios, durante su edad evolutiva: infancia, adolescencia y juventud;
3. que ofrece síntesis vitales de las realidades y conocimientos de fe, según métodos apropiados» (Jean Honoré, o. c. p. 93 ss.; comentario al art. 44).

El hombre religioso formado así quedaría marcado en la estructura psicológica de su fe por la *educación religiosa* recibida durante las infancias y adolescencias, desde los cinco a los dieciocho años.

Para preparar, pues, a los futuros cristianos adultos a una participación *espontáneamente* vital en el Culto litúrgico tal como lo sueña hoy la Iglesia:

1. La Enseñanza Religiosa primaria y secundaria debiera disponer *de unos Programas: flexibles para las distintas edades*: No habría por qué seguir siempre, para todas las edades, en la estructuración de la materia, *el orden que llamaríamos teológico o doctrinal*: por ejemplo el de nuestros «Catecismos Nacionales» o el de los cursos de 4.º, 5.º y 6.º del Programa oficial de Religión para el Bachillerato.

Hay *un orden histórico*, según la Historia de la Salvación, que se prestaría a garantizar un Programa eminentemente bíblico e histórico, según la voluntad de Dios, de revelarse en la Historia, en una Palabra histórica. Pero un programa histórico-unitario, donde se acentúe más lo *salvífico* que lo *histórico* y al cual se incorpore la Historia de la Iglesia, como «espacio y tiempo religioso» de la Acción salvífica de Cristo Resucitado y de su Espíritu; es decir, como una etapa progresiva de la Historia de la Salvación en marcha hacia la Parusía.

Hay *un orden litúrgico*, que daría pie a un Programa sobre la

Historia de la Salvación, siguiendo los tiempos y fiestas del Año Litúrgico y que sensibilizaría a los fieles, desde niños, a la vida o ritmo del Año Litúrgico que vive la Iglesia.

Hay un orden *axiológico*, de valores o intereses profundos, que ofrecería la oportunidad de Programar el Mensaje evangélico como «Luz cristiana proyectada sobre los centros de interés», especialmente de los adolescentes y de los jóvenes y que daría a estas edades la visión cristiana de las realidades que van surgiendo en la vida de estos jóvenes y adolescentes.

Hay un orden *de Iniciación Cristiana* que estructura la materia catequística en torno a los Sacramentos de la Iniciación Cristiana: Bautismo, Confirmación (Penitencia) y Eucaristía y a las realidades reveladas anejas a ellos y que prepararía vitalmente a los niños en las edades anterior y posterior a la Primera Comunión, etc.

Estos Programas, desarrollados con métodos didácticos al día, irían dando al espíritu del niño, del adolescente y del joven esa dimensión *histórico-litúrgico-bíblico-eclesial-realista-escatológica*, necesaria para entrar *ya desde pequeños* y, sobre todo, *en la adultez* en el Misterio de la Acción Litúrgica.

2. Además, la Enseñanza Religiosa *debe hacer uso constante de la Sagrada Biblia leída en la Iglesia* como fuente primaria del Mensaje que transmite: y eso *en todas las edades*, aunque con modos y en dosis distintos. *La proclamación de la Palabra bíblica* en la Enseñanza Religiosa, además de ser un principio teológico indiscutible, ha de ser, en la Pedagogía Religiosa, frecuentemente, muchas veces, el punto de arranque de los temas catequísticos y otras veces el punto de llegada.

Al hablar de *«proclamación de la Palabra»*, nos referimos a la lectura *religiosa en alta voz* de la Sagrada Escritura durante las clases de Formación Religiosa o de Catecismo. Así, los catequizados se acostumbran a *la audición comunitaria de la Palabra de Dios* y a escuchar *al Señor mismo* a través de la voz de la Iglesia, presente en el catequista (Jean Honoré, o. c., pág. 57, art. 25). «No sólo se trata de hacer conocer el Evangelio de Cristo, sino al Cristo del Evangelio... El Cristo del Evangelio *habla aun hoy en día* a los niños. Lo esencial de nuestra misión (como catequistas) es provocar este diálogo, gracias al cual la fe del niño iniciaría su vuelo *partiendo de su encuentro con Cristo*... El único descubrimiento deci-

sivo en la vida del niño: el descubrimiento de Cristo» (P. Retif, o. c., p. 432-33), a través de la Palabra, proclamada por el Catequista.

Además, por la exposición de los «Hechos bíblicos» realizada por el catequista, el niño, el adolescente... se acostumbra a la lectura de los *signos bíblicos de la acción salvífica de Dios o de Cristo*, que después quedarán prolongados en los signos litúrgicos, como acciones salvadoras de Dios en la Liturgia (Jean Honoré, o. c., p. 68, art. 30).

Más aun, una Enseñanza Religiosa basada en la Palabra Bíblica *está más cercana al niño, al adolescente y al joven* de hoy, pues aun tratándose de culturas diferentes, las categorías bíblicas y nuestras categorías son muy afines: lo concreto, lo personal, el diálogo; la acción, lo vital, lo sintético, lo histórico, lo comunitario... Educado en estos módulos mentales, el futuro adulto cristiano sintonizará con la Liturgia, que se expresa normalmente en las mismas categorías.

3. Además, la Enseñanza Religiosa debe estar *impregnada de elementos litúrgicos*.

«La Pastoral litúrgica no se desarrolle de una manera independiente y aislada, sino en íntima unión con las demás obras pastorales.

Es particularmente necesario que reine estrecha unión entre la liturgia y la *catequesis, la instrucción religiosa y la predicación*» (Inst., 7).

No obstante, la Liturgia es *la cumbre* a la cual tiende *toda la actividad de la Iglesia* y al mismo tiempo *la fuente* de donde mana toda su fuerza» (Const., 10).

La Liturgia, pues, es *un fin* para la Catequesis, y en concreto para la Enseñanza Religiosa y, a la vez, es para ella *una fuente imprescindible* (Jean Honoré, o. c., p. 69 ss., art. 30-33). «Ante todo, es preciso que todo Programa de Enseñanza Religiosa esté normalmente (al menos de alguna manera) en armonía con el Ciclo del Año Litúrgico» («Direct. de Past. Cat.», art. 31). Además, las actitudes espirituales fundamentales que el catequista debe suscitar a lo largo de las sesiones de Enseñanza Religiosa serán las *de la oración litúrgica*: de adoración, acción de gracias, de ofrenda, etcétera (Idem, art. 33).

4. En fin, a todo esto la Enseñanza Religiosa *debe añadir*, por lo que respecta los alumnos: *un manejo constante de los textos*

bíblicos, por lo menos de los Evangelios o del Nuevo Testamento (echamos de menos una Biblia para la infancia y la pre-adolescencia); igualmente un manejo constante *de los textos litúrgicos* en Misales de niños y adolescentes; unas *Celebraciones de la Palabra* conforme a la edad, en consonancia con los temas catequísticos estudiados y en armonía con el Año Litúrgico, por lo menos en sus momentos fuertes; *Celebraciones Comunitarias de la Penitencia* para niños: y, sobre todo, *unos Textos de Formación Religiosa* para niños y adolescentes, no sólo inspirados en la reflexión teológica y redactados según la misma, sino también portadores de ciertos textos bíblicos —claves— del Antiguo y, sobre todo, del Nuevo Testamento y de fórmulas litúrgicas de valor indiscutible como doxologías, cantos, salmos, prefacios, etc. (Idem, arts. 26 y 32) que valgan para la plegaria privada y para la oración comunitaria litúrgica o para-litúrgica. Dice el P. Retif, catequista pionero en los tiempos gloriosos de los comienzos del Movimiento Catequístico de Centro Europa:

«Catecismo y Evangelio son dos libros y un solo mensaje; pero no un mismo lenguaje.

En realidad, hoy hay la misma distancia entre Catecismo y Evangelio, que entre Teología y Evangelio» (P. Retif, o. c., p. 426).

E. LA ENSEÑANZA RELIGIOSA PRIMARIA Y SECUNDARIA Y LOS TEXTOS OFICIALES DE LA ENSEÑANZA RELIGIOSA. EL CATECISMO.

Por todo lo que llevamos dicho, se puede colegir que una Enseñanza Religiosa *orientada a una participación en la Liturgia* en la juventud y adultez, que salga del fondo del hombre cristiano, está todavía de camino. Del 26 de agosto pasado al 1 de septiembre se ha celebrado en Katigondo (Uganda) una Conferencia Panafricana sobre Catequesis. Bajo la presidencia del Cardenal Rugambwa, los 100 asambleístas han examinado la situación actual de la Catequesis en el Continente Africano, a la luz de las orientaciones marcadas por especialistas extranjeros de fama mundial.

«La Conferencia de Katigondo reduce a 8 puntos la Catequesis Africana. He aquí algunos de ellos:

1) No existen aún entre los misioneros ideas claras y precisas sobre el fin específico de la Catequesis, que no puede ser otro que la PROCLAMACIÓN DE LA BUENA NUEVA dentro del misterio de Cristo, y así inyectar una fe nueva y profunda.

2) La Catequesis actual ni es bíblica ni es litúrgica en el sentido pleno de la palabra.

3) La enseñanza catequética está muy adaptada a la mentalidad africana.

4) La enseñanza está confiada a muchos que no tienen conciencia de su grave responsabilidad» («Id», dic. 1964, núm. 159).

5) La mayor parte de los que enseñan religión carecen de formación pedagógica adecuada.

6) Los catecismos actuales son defectuosos en método y contenido» («Id», dic. 1964, núm. 159. Más ampliamente en *Lumen Vitae*, 1964, núm. 4, págs. 735-745).

¿No podemos decir algo de esto entre nosotros? Nuestros textos de la Enseñanza primaria y secundaria y sus comentarios no se prestan del todo a impregnar de sentido bíblico-litúrgico, la sensibilidad religiosa de niños y adolescentes. Es cierto, se han hecho ya esfuerzos en este sentido. *Una cosa puede darse por cierta*: que el Movimiento Litúrgico oficial de la Iglesia, consagrado por «la Constitución Conciliar» y precisado por la «Instrucción» del «Consilium» sobre la Liturgia, no alcanzará madurez *entre nosotros, mientras la Enseñanza Religiosa no llegue a ser más o menos, tal como la hemos descrito*. Sólo lo que sale de los entresijos del corazón religioso del hombre tiene garantía de autenticidad. Y esa religiosidad bíblico-litúrgica arraigará normalmente en lo profundo del cristiano cuando el sentimiento religioso o, si se prefiere, cuando la fe interior personal del niño vaya siendo modelada por Dios y por la Iglesia a *lo largo de la Enseñanza Religiosa primaria y secundaria: en un clima de Palabra de Dios proclamada y predicada en la Catequesis y celebrada en la Sagrada Liturgia*.

F. COYUNTURA ESPAÑOLA DE LA ENSEÑANZA RELIGIOSA EN RELACION CON LA PARTICIPACIÓN EN LA LITURGIA.

Siendo esto así, ¿qué porvenir espera a nuestra nación ante ese binomio Enseñanza Religiosa-Liturgia? Quizá nuestro juicio no sea del todo acertado: pero nos atrevemos a expresarlo y a ser sometidos al juicio de unos y otros: Una serie de indicios nos pueden augurar un futuro en cierto modo optimista. Un buen número de sacerdotes formados en nuestros Seminarios en la línea actual bíblica (otro tanto podríamos decir de los religiosos); el Movimiento

Litúrgico, que inquieta sanamente a núcleos importantes de nuestros cleros: diocesano y religioso; ciertas publicaciones catequísticas verdaderamente valiosas que Madrid, Barcelona, Granada, Bilbao, San Sebastián, Salamanca, etc., han proporcionado a sacerdotes y catequistas, pensadas ya muy en la línea de la Pedagogía Religiosa reciente; la insatisfacción de muchos sacerdotes y religiosos en cuanto al apostolado catequístico y de la Formación Religiosa y la búsqueda de soluciones válidas, etc. Todos éstos son síntomas de que en España algo se está cuajando; de que algo pretendemos, intuimos y esperamos. Más aun, nos atreveríamos a decir que muchos de los Secretariados Diocesanos de Catecismo y hasta la Comisión Nacional de Catecismo no se conforman ya con el estilo de catequizar que vive en el presente entre nosotros. Sería injusto achacar esta insatisfacción a falta de celo sacerdotal echar la culpa de esta cierta desorientación a los Secretariados Catequísticos Diocesanos o a la Comisión Nacional de Catecismo. Nuestra impresión —como acabamos de decir— es que los responsables de estas Comisiones no están conformes con los esfuerzos que han ido haciendo estos años para hacer una Catequesis mejor y tratan de superarse.

El problema es mucho más hondo y rebasa la culpabilidad de cualquiera responsable y de todos los *encargados de la transmisión del Mensaje*. Catequizar es un «acto del Magisterio de la Iglesia, por el que anuncia la Salvación», en Cristo «hoy, a todos los hombres de cualquier edad y condición». Este acto magistral supone un conocimiento del Mensaje en su fuente Bíblica, Litúrgica y Patristica; supone unos conocimientos sociológicos del mundo de hoy; supone una penetración en los condicionamientos psicológicos del niño o del hombre a quien pretendemos transmitir el Mensaje; supone, en fin, un conocimiento y una «*habituación*» de unos métodos, *distintos para cada edad*, que pueden hacer pasar el Mensaje a cada «hijo de Dios» *según su edad, cultura y religiosidad inicial*. Y todo esto no lo hemos recibido suficientemente en nuestros años de Formación filosófica y teológica. Y digamos la verdad, nos da cierto rubor montar todo un «tinglado» catequístico en nuestra parroquia y hacer concebir ilusiones a nuestros jóvenes catequistas, cuando nosotros mismos, sacerdotes de parroquias, no sabemos claramente *a dónde* hemos de llegar ni de *qué medios eficaces* disponemos para

obtener la educación de la fe de nuestros fieles, especialmente en la edad evolutiva, de siete a veinte años.

Para terminar, sólo una sugerencia: la riqueza de la fe de nuestra Nación nos apremia a *conservarla y a fomentarla en profundidad* a través de una Catequesis «al día». Es mejor conservar y fomentar la Fe que sembrarla o tener que agujonearla, porque está demasiado dormida. El futuro adulto cristiano español, *consciente de su vida cristiana, de sus exigencias sociales y de su participación activa en la Sagrada Liturgia* se está fraguando en *nuestras Catequesis parroquiales, en las Escuelas primarias, en los Colegios de primera y segunda Enseñanza, en los Institutos, en las Escuelas normales, en las Escuelas Técnicas, en las Aulas de la Universidad*. España necesita *especialistas* en Pedagogía Religiosa, al servicio de la Jerarquía y *para todos los estadios* o edades de la Formación Religiosa. A los señores Obispos y Superiores Mayores compete seguir dando cauce a sus mejores sacerdotes, religiosos y hasta seglares hacia los Centros de Especialización de la Formación Religiosa. *Una Liturgia vivida supone una Catequesis recibida desde niños en todas sus dimensiones: bíblica, litúrgica eclesial y escatológica*. El futuro del Movimiento Litúrgico en España está colgado de la Renovación Catequética iniciada hace tiempo en toda la Iglesia.

Vicente M.^a PEDROSA
Seminario de Bilbao

BIBLIOGRAFIA

- Textos conciliares sobre Liturgia: La Constitución. La Instrucción*. Colección de Pastoral aplicada, 1964, Salamanca.
- Normas de la Conferencia Episcopal*. P. P. C. y Anexo III del «Directorio Pastoral de la Santa Misa». Comisión Episcopal de Liturgia, 1965, pág. 135ss.
- Los grandes temas de la Constitución sobre la Liturgia*. Colección de Pastoral aplicada, 1964, Salamanca.
- Pastorale Catéchétique: texte, notes et commentaires du Directoire*. Jean Honoré. Mame. Grain de Senevé, 1964, París.
- Contemplar su gloria*. Dom Nocent, 1963, Estela, Barcelona.
- Catecismo y misión obrera*. P. Retif. Desclée de Brouwer, 1964, Bilbao.
- Catequesis bíblica*. «Cuadernos Sacerdotales», núm. 6, 1959, S. Esteban, Salamanca.
- El método psicológico de Munich*. P. Zulueta, 1963. Marqués de Mondéjar, Madrid.
- Sínite*. Revista hispanoamericana de Pedagogía Religiosa. Enero-abril, 1965.
- Lumen Vitae*, 1964, núm. 4, págs. 735-745.

MORAL Y CATEQUESIS

(Recopilación de unas orientaciones)

En varios cursillos catequísticos hemos podido exponer algunas ideas sobre la presentación de la Moral en la catequesis.

A menudo, los participantes nos han manifestado el deseo de ver publicado algún día en nuestra Revista el conjunto de lo expuesto.

Atender a esta petición, tal es la finalidad primera de estas líneas; quizá resulten útiles también a otros catequistas.

El contenido no pretende ir más allá de lo indicado en el subtítulo: «Recopilación de unas orientaciones».

La importancia concedida al apartado A —fallos en la catequesis moral—, de ningún modo quisiera ofender, sino facilitar la autocritica, primer paso obligado de todo progreso: el sentido de nuestra responsabilidad y el lugar clave que la Moral ocupa en toda catequesis equilibrada, nos hará exigentes para con nosotros mismos.

El artículo se desarrolla en la forma siguiente:

- A) **Fallos más comunes.**
- B) **Cómo enseñar la moral cristiana.**
- C) **Cómo iniciar en la moral cristiana.**

Se ha procurado dar al final una bibliografía concisa y selecta; no se indican los manuales de uso corriente para el catequista; se centra más bien la atención en algunos artículos y libros más representativos de los modernos estudios morales de orientación catequística.

A) FALLOS MAS COMUNES

I. FALLOS RELACIONADOS MAS DIRECTAMENTE CON EL CATEQUIZANDO

1. MIRANDO MÁS BIEN A LA INSTRUCCIÓN.

Irracionalismo.—Es decir, hacer entrar en el engranaje de la ley «porque sí», sin un mínimo de espíritu crítico (por lo menos, a partir de cierta edad); podría apagarse la finalidad primera de la ley que es «ser para el hombre»; de medio se la convierte en fin. Es la tentación difícilmente evitable de formalismo que acecha a individuos y colectividades a medida que progresen en la madurez; el instinto de conservación de unos y otros tiende a sacralizar las leyes para hacerlas intangibles; los cambios de situación, con la natural exigencia de adaptaciones, plantean crisis entre quienes defienden las mismas leyes desde posiciones aparentemente contrarias: unos, manteniéndolas intocadas; otros, procurando adaptarlas; estas posturas, cuyos extremos solemos llamar integrista y progresista, son tan antiguas como el mundo y han de durar tanto como él; sólo pueden resolverse provechosamente por el diálogo enriquecedor entre ambas, es decir, aplicando la inteligencia a los fines de la ley.

Ahora bien, uno de los fines esenciales de la moral es el perfeccionamiento del individuo, en vistas a educar su libertad y «personalizarle». Habría, pues, que considerar la moral más como el esqueleto (sostén y ayuda para la dinámica de todo el cuerpo) que como una coraza (algunas veces protección apreciable y muchas otras estorbo).

Por olvidar esto, la moral, y la religión que la predica, aparecen más o menos confusamente a los ojos de los catequizandos como el gran freno a la libertad y al progreso; podríamos recordar que en un coche suele utilizarse más el motor que el freno, por más que en algunas circunstancias pueda ser más útil el freno que el motor.

La marcha hacia la plenitud adulta, de individuos y sociedades, se hace mediante el doble paso de inteligencia y libertad, ésta condicionada decisivamente por aquélla. El catequista ha de mostrar que la moral cristiana no perjudica ni a una ni a otra, sino muy al contrario.

Condicionamiento sociológico.—Para ciertos casos extremos nos atreveríamos casi a emplear la palabra «domesticación». Se trata de un fallo fuertemente relacionado con el anterior; pero mientras allí el no razonar se convertía en meta, aquí se tendería a justificar sociológicamente dicha actitud.

Hemos de reconocer que los últimos fundamentos de toda sociedad son sus criterios de valor, criterios más o menos participados por el conjunto del grupo; y así encontramos en toda nación un Derecho que vela por su custodia y un órgano educativo que asegura su «tradición».

Es inevitable que la nueva generación quede fuertemente marcada por la generación que la recibe, no sólo en sus conocimientos y modos de ser, sino también en sus criterios de valor.

Pero a medida que el individuo se halle a sí mismo, liberándose algo más de las sociedades que le han educado, tendrá que asumir personalmente o rechazar todos o algunos de estos criterios.

Bloquear científicamente los caminos por los que el individuo «se libera» en medida suficiente es lo que, para los casos extremos, hemos llamado «domesticación», y que de algún modo podría darse en lo catequístico ¹.

Para apreciar hasta qué punto el cristianismo se opone a la disolución de la persona humana en la sociedad, bastará releer la más fuertemente social de las encíclicas, la *Pacem in terris*. La sociedad exige los comportamientos «externos» que juzga necesarios para el bien común, pero respeta la libertad de las opiniones y de las actitudes internas. La moral cristiana pide la fe viva, una orientación de los actos que arranca de lo más profundo del individuo —no puede contentarse con la simple transmisión de costumbres—; pero, más que nadie, respeta y fomenta la libertad profunda, sin la cual la fe quedaría gravemente comprometida.

2. MIRANDO MÁS BIEN A LA INICIACIÓN.

«Pureza total» de partida.—La palabra «pureza» se toma aquí en sentido general de «perfección»; podría llamarse a este fallo: «Pri-

¹ El término hebreo «musar» puede significar tanto «enseñanza» y «disciplina» como «castigo» y «corrección»; los Setenta lo han traducido indistintamente por «paideia»; los catequistas del siglo xx no debieran confundir con «educación» procedimientos que comprometen la libertad esencial del acto de fe, meta de su catequesis, como señalamos más adelante.

sas antipedagógicas»; se olvida que la perfección es meta que se lleva en esbozo, proyecto y esfuerzo desde el comienzo; que necesariamente su realización es muy deficiente al principio, y que, probablemente, no se llegaría nunca a la plenitud sin atravesar estas etapas de imperfección: no se busca lo deficiente como tal, pero se admite y comprende como etapa.

Viene el fallo por no entender la conducta de Dios en el Antiguo Testamento; sorprende la diferencia (de grado) en algunas exigencias morales en el Antiguo y en el Nuevo Testamento: numerosos estudios bíblicos modernos destacan esta educación moral llevada durante siglos con pedagogía divina, como indicamos en la nota 4.

El buen catequista debiera conocer las etapas clásicas del aprendizaje de cada virtud. ¿No conoce, como profesor, los pasos obligados por los que llegan los niños al perfecto dominio de la lectura o de la escritura? ¿No se analizan con precisión todos los procesos de aprendizaje, tanto en lo deportivo como en lo técnico...? Cualquier género de vida, y también la vida cristiana en cuanto diga encarnación en la temporalidad, se presenta bajo la imagen de un camino del que no se puede alcanzar un punto sin haber pasado por los anteriores, en un recorrido normal.

Se trata, sin duda, de un fallo más bien propio de catequistas «jóvenes» (principiantes): todavía no han tocado la distancia que va de la idea a su realización; hay que desear que tal «juventud» no se prolongue excesivamente; sin duda, irán tomando solera: no que «se desengañen», sino que aprenden... de Dios, sobre todo, quien, como nadie, sabe esperar.

No es precisamente un fallo insignificante puesto que sus consecuencias son, amenudo, graves, ya que podría hablarse, a veces, de «infanticidios espirituales» cuando algunos catequizandos se apartan definitivamente de la religión por habérseles exigido inadecuadamente una práctica cristiana que, buscada con más discreción, se hubiera, sin duda, aceptado: es posible que sobre este punto más de una institución cristiana deba hacer examen de conciencia.

Educación deficiente de la culpabilidad. A veces, se cree educar criterios morales y lo que se hace más bien es «sistematizar complejos de culpabilidad»: el «superego», individual o colectivo, es decir, las órdenes o posibles sanciones del superior o del grupo, confusamente interiorizados, son las que orientan el hacer o el de-

jar de hacer de los catequizandos: así, los móviles de la conducta quedan muy lejos de toda relación directa con Jesucristo.

Queramos o no, el sentimiento de culpabilidad nace en todo individuo (por fortuna para él y la sociedad); sobre este sentimiento (suponiendo que el estadio de los «complejos» se va eliminando normalmente)² hay que ir educando la conciencia moral de culpabilidad. Cuando se haya logrado esto aún no se está en terreno propiamente cristiano.

Sin caer en ningún relativismo, hemos de afirmar que la originalidad de nuestra moral está, más que en las prácticas en sí, en el «verbo» que sustenta esta práctica, es decir, en los dogmas en que apoya; por no entenderlo así, muchos cristianos, especialmente hoy, piensan si no existe cierta equivalencia entre las principales religiones..., puesto que en todas se encuentra gente de bien que practican obras buenas semejantes.

Podrían incidir en tal error ciertas catequesis que apoyan exageradamente en «ejemplos» de personajes no cristianos (ilustres varones, tanto de la antigüedad como contemporáneos); no negamos sus virtudes, comunes con toda la humanidad sana, pero quedan radicalmente lejos de toda meta moral cristiana que saca de un dogma preciso sus virtualidades.

Pero nuestra moral no logra tan sólo su originalidad del dogma en que radica, sino también, como hemos de subrayar más adelante, del mundo sacramental al que se orienta, del que recibe sus más altas cartas de nobleza.

3. MIRANDO MÁS BIEN A LAS SITUACIONES PERSONALES.

Impersonalidad.—Se despersonaliza la Ley al cortarla de la Persona de la que dimana. En último término, toda ley justa dimana de Dios; la catequesis moral jamás debiera ocultar esta relación y sí destacarla.

El mismo catequista debiera tomar sobre sí la responsabilidad del mandato (no disimulando su origen) antes que delegarlo en un «papel» o en algo impersonal; el oficio pastoral hodegético pasa por

² No sería extraño que algún día, entre los requisitos exigidos de todo catequista, figurara un mínimo de formación en psicología religiosa para evitar los graves problemas morales y síquicos que puede plantear, tarde o temprano, una deficiente educación de la culpabilidad; es terreno muy complejo en donde, menos que en muchos otros, puede bastar la buena voluntad.

cierta delegación de la Iglesia en los educadores cristianos y no deben éstos, por cobardía, cortedad, etc., abdicar en «cosas» lo que Dios concede, con dignación suprema, a «personas».

Aunque para nosotros debe ser siempre evidente que la voz de la ley es la voz de Dios, no siempre ocurre así en las catequizandos, y uno de los fines de la catequesis moral será destacar esta relación de «personas».

Apoyar nuestras normas en: «Porque así lo dice el catecismo», sería, a menudo, quitarles valor, puesto que la imagen que se hacen los jóvenes del «librito de catecismo» tiene muy poca fuerza psicológica para mover su voluntad ante la tentación. En cambio, si se presentara lo mandado como algo que Dios nos pide, a nosotros personalmente, otra sería su fuerza. Para llevar a vivir la «ley de libertad» de que habla el Apóstol (Ja 1, 12) es preciso que la moral aparezca más como «Alguien» que como «algo». «¿Qué hizo, qué dijo, qué haría, pensaría o diría Cristo en tal caso?»... Este debiera ser de preferencia nuestro camino.

Inadaptación.—La psicología evolutiva muestra la complejidad de los móviles que orientan la conducta en cada edad: motivos que arrastran a unos dejan indiferentes o resultan contraproducentes para otros. No toda forma de presentar la Pasión del Señor, o la muerte o ciertas faltas o ejemplos históricos (aun bíblicos) es adecuada para todos.

No sólo la edad sino también los temperamentos deben tenerse en cuenta: la complacencia con que algunos beben las hazañas pormenorizadas de los mártires no siempre indican normalidad síquica.

Debieran además también tenerse en cuenta los problemas planteados a la catequesis moral por las «re-actualizaciones» obligadas en cada etapa importante de la vida: la práctica de la vida cristiana en la escuela presenta situaciones, criterios de valor e intereses en general muy distintos de los que han de actuar sobre el catequizando en la familia, en la vida de trabajo, en el cuartel, en el matrimonio, etc.; cada nueva situación requiere cierta catequesis moral especializada en su faceta de instrucción y sobre todo de iniciación; así la entrada en la juventud, en la edad adulta o en la vejez exigirían una adaptación de la catequesis moral general; siendo nuevos muchos problemas de vida cristiana y no teniendo el individuo la preparación adecuada para resolverlos, sería lógico que

se buscase el modo de orientar y formar a través de una catequesis moral adaptada.

Descuidar esto expone a que todo lo aprendido en «la moral del catecismo» quede latente en puros complejos de culpabilidad.

Por grave y urgente que sea este problema, el modo de resolverlo no parece sencillo ni bastará por de pronto con una forma de catequesis rutinaria; en muchos casos la solución más adecuada parecen las comunidades cristianas que viven cada una de estas situaciones y en las que se logra insertar al catequizando.

II. FALLOS RELACIONADOS MAS DIRECTAMENTE CON ALGUNOS TEMAS AFINES

1. USO INADECUADO DE LA BIBLIA.

Jesús dio la comparación siguiente: «Si vosotros que sois malos sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos cuánto más vuestro Padre celestial os dará lo que pedís» (Mt 7,11). Ponía a su Padre como el máximo ejemplo de bondad: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto...» (Mt 5,48). En sus parábolas presentó imágenes maravillosas de la ternura y providencia del Padre (Lc 15,11-32; Mt 6,25-34). Culminó su Mensaje en oración entrañable al Padre (Mc 14,36; Lc 23,46).

Si pudiéramos rastrear la imagen del Padre que dejan grabada muchas catequesis nos convenceríamos de que el *fruto posible de ciertas catequesis es una actitud inaceptable* en los catequizandos: Dios les parece más cruel que el más cruel de los personajes que se les alcanzan; su modo de «mandar arbitrariamente al infierno como exhibición de su poder inapelable»; su control severo de las más menudas intimidades de toda criatura, y cantidad de otros datos turbadores son destacados casi con exclusividad.

El impacto lamentable queda aún agravado por representaciones «artísticas» del Padre tan opuestas a la imagen que nos presentó Cristo («Quien me ve ve al Padre», Jn 14,9) como a la estética.

De todo ello resulta un problema catequístico gravísimo, pues se imposibilita una recta manifestación del Padre cuando esta manifestación debiera constituir el eje de toda catequesis.

Dios es justo, Todopoderoso, Omnisciente; pero ninguno de estos atributos quita el que la entraña de nuestro Dios sea Caridad (1 Jn 4,

16), ni que su misma Justicia brote de sus entrañas de misericordia: «Dios amó tanto al mundo que entregó a su Hijo Unigénito» (Jn 3,16).

Nos preguntamos de dónde se han logrado las falsas representaciones de Dios a las que estamos aludiendo.

Imágenes contradictorias de Dios.—Late a veces una de las primeras herejías cristianas en nuestra catequesis. Marción oponía el Dios imperfecto y severo, inspirador de los libros del Antiguo Testamento, al Dios bueno del Nuevo Testamento que nos salva por su Hijo. Falsa presentación que retrocede cuanto avanza la preparación bíblica de los catequistas, pero cuya desaparición urge sea total.

El fallo anterior oponía la bondad de Cristo a la «severidad» del Padre; en este último caso se contraponen en Dios Padre dos figuras contradictorias.

Moral exclusivamente del Antiguo Testamento.—Se olvida que la Biblia no es sólo el Antiguo Testamento y que la Revelación no quedó cerrada en el Sinaí: faltaban todavía complementos y aclaraciones fundamentales³. Sin embargo, no es extraño hallar presentaciones de la moral que no sienten la necesidad de mencionar a Je-

³ El Evangelio florece, por designio de Dios, en la cumbre de un proceso de madurez moral al que aludimos en la nota siguiente; últimos brotes de este proceso serían los sapienciales más recientes y numerosos textos de Qumrán (cfr. CARMIGAC, GUILBERT: *Les textes de Qumrán traduits et annotés*, Edit. Letouzay et Ané, París, 1961; especialmente T. I, la parte consagrada a «La Règle de la Communauté», particularmente la «doctrina de los dos espíritus» que representa una mentalidad que hallaremos de algún modo en escritos cristianos, por ejemplo, en «La Doctrina de los doce Apóstoles»).

Sobre la «moral evangélica» puede verse: *Grandes Lignes de la Morale du Nouveau Testament*, Lumière et Vie, núm. XXI, mayo, 1955; A. GELIN, *Morale de l'Evangile*, Catéchistes 4 (1953) 138-148; W. K. GROSSOW, *Spiritualité du Nouveau Testament*, Les Edit. du Cerf, París, 1964. Sobre la adaptación moral por parte de la Iglesia primitiva de las parábolas de Jesús, existe una traducción francesa del interesante libro de J. JÉRÉMIAS, *Les paraboles de Jésus*, edit. Xavier Mappus, Le Puy, 1962. Sobre la intensa elaboración de la doctrina moral en el N. T., señalemos: S. LYONNET, *La «morales» de saint Paul*, Catéchistes 4 (1953) 149-159; no debe olvidarse el estudio de la parte moral con que suelen coronarse la mayor parte de las Epístolas; pero sobre todo, para una mirada amplia y profunda sobre la moral del N. T. véase: R. SCHNACKENBURG, *Le message moral du Nouveau Testament*, edit. Xavier Mappus, Le Puy, 1963 (cfr. Bibliografía); aún podría ampliarse la perspectiva estudiando el modo como la Iglesia primitiva recibe y transmite este mensaje; además de la «Didaché», a la que hemos aludido, indiquemos la epístola de S. Clemente, las cartas de Ignacio de Antioquía...; remitimos también, por su gran interés catequístico, aun cuando más bien toque el tema indirectamente, al libro: A. TURCK, *Evangelisation et catéchèse aux premiers siècles*, edit. du Cerf, 1962.

sucristo; esta parte del catecismo se explicaría casi del mismo modo si Cristo no hubiera venido. Para convencerse de la existencia y difusión de esta mentalidad, basta ojear algunos textos de catecismo en que se menciona a Jesús tan sólo para decir que resumió estos diez mandamientos en dos (cosa que ya era doctrina admitida en la época de Jesús) y cuando se da a los niños un modelo de obediencia a los padres. Es posible que el catequista complete en la catequesis oral, pero el mero hecho de tal presentación ya parece inducir a una catequesis deficiente para los catequistas no muy preparados.

Presentación injusta de la moral del Antiguo Testamento.—Cierta ignorancia exegética es causa del desprestigio de lo que algunos llaman «moral del Antiguo Testamento»; sin negar que se muestre un progreso moral en los personajes clave de la Historia de la salvación (progreso que evidencia cómo Dios ha ido educando a su Pueblo, según se indicaba más arriba) hay que reconocer también que se juzgan prácticas y costumbres de hace tres o cuatro mil años, propias de pueblos orientales, con los criterios de nuestro mundo occidental de hoy. Aquellos hombres y sociedades han de ser estudiados de acuerdo con las leyes que les regían; y aquellas leyes han de ser devueltas al espíritu que las animaba, no a su letra tan sólo, si queremos poder aplicarlas a nuestra situación ⁴.

Resignación y predestinación.—De una deficiente educación bíblica pueden derivar conceptos equivocados, por ejemplo, sobre la «resignación»; se confunde quizá la «abdicación» y la «desesperación» con el abandono bíblico en manos de Dios; se cae en un fatalismo que pone sobre la cuenta de Dios todas las desgracias de los hombres. Se trata de tema delicado, pues sólo los que han sido fuertemente catequizados tendrán virtud suficiente para bendecir la mano de Dios en sus desgracias; para los demás, ciertos apoyos simplis-

⁴ Existe hoy bastante bibliografía para ilustrar al catequista sobre esta educación moral del Pueblo escogido realizada por Dios a lo largo de la Historia de la salvación: un poco al azar, indicamos algunas obras en este sentido: A. GELIN, *Las ideas fundamentales del Antiguo Testamento*, Edit. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1958; del mismo autor: *Morale et Ancien Testament*, *Catéchistes* 4 (1953) 133-137; J. GUILLET, *Thèmes bibliques*, Aubier, edit. Montaigne París, 1954; varios autores, *Grands thèmes bibliques*, edit. du Feu Nouveau, París, 1958; y, sobre todo, por más reciente y por la mayor elaboración que supone de una idea única: A. Gros, *Yo soy el camino*, Edic. Cristiandad, Madrid, 1964.

tas en algo que es más bien necesidad mágico-primitiva de explicación-justificación, podría abocarles peligrosamente a la blasfemia.

El mismo cuidado debe tenerse en la exposición de temas como la predestinación o la presciencia divina a partir de muchos pasajes bíblicos y que algunos aprovecharían gustosamente para excusar sus faltas.

2. CIERTAS HAGIOGRAFÍAS.

Reconozcamos que algunos hagiógrafos no eran catequistas: esto quizá explica ciertas vidas de santos que podríamos llamar «heréticas»: santos que parecen más paganos que cristianos, especie de héroes míticos⁵, fuertes, impenetrables, de aventuras sorprendentes... En atención al éxito fácil se ha destacado lo accidental y se ha olvidado lo esencial: se tiene la impresión de que tal santo se ha santificado a sí mismo, y con tanto mayor mérito cuanto menos aparece la intervención de Dios (!). Leemos vidas en las que Jesucristo, la única fuente de santificación, apenas se menciona. ¿Cómo adivinarán los catequizandos que en los santos hemos de imitar más su disposición y entrega para seguir a Cristo que sus mismas actitudes por menorizadas?

Otro fallo de nuestras hagiografías es el poco lugar que en ellas se atribuye a los «santos del Antiguo Testamento»; «nuestros antepasados», como dice Jesús Ben Sirá (Si 44,1), «canonizados» muchos de ellos expresamente por Jesucristo (Jn 6,46-47; 8, 56), apenas se citan; ahora que se está logrando el justo lugar para la Historia de la salvación en nuestra catequesis, debería hallarse un equilibrio más justo en la presentación a los catequizandos de los grandes per-

⁵ El «héroe», en el cual las sociedades de todos los tiempos han canonizado sus propias ideas morales, no es algo específicamente cristiano: (cfr. Mircea ELIADE, *Mythes, rêves et Mystères*, edit. Gallimard, París, 1957, p. 32 ss.); ciertas exacerbaciones de actualidad obligarían quizá a matizar: (cfr. P. TAP, *Modèles et stéréotypes des Jeunes*, «Orientations» núm. 14, abril 1965, p. 27-38). Para centrar y aprovechar catequísticamente el problema del «héroe» (santo), podrían orientar libros como: HÉRAUD-LAFFOND-VIMORT, *Témoins de Dieu à travers l'Histoire de l'Eglise*, edit. du Centurion, París, 1962; o los que presentan con esta misma orientación los grandes personajes bíblicos, ya para los pequeños: J. DHEILLY, *Les grands personnages de la Bible*, edit. de l'Ecole, 1967; ya como documento para el catequista: A. GELIN, *Hommes et Femmes de la Bible*, Edit. Liget, París, 1962. Puede verse también: R. LEFEBVRE, *Le Héros et le Saint*, Catéchistes 12 (1961) 155-171; y, sobre todo, el libro de varios autores: *La Pédagogie du héros*, edit. Fayard-Mame, París, 1962.

sonajes bíblicos, logros del Espíritu de Santidad en el Pueblo de Dios en ambos Testamentos (cfr. nota 4, al fin).

3. AISLACIONISMO.

Decía Pío XII a los miembros de los Institutos Católicos de Francia: «Todas las ciencias tienen, directa o indirectamente, alguna relación con la religión, no sólo la teología, la filosofía, la historia y la literatura, sino también las demás ciencias: jurídicas, médicas, físicas, naturales, cosmológicas, paleontológicas, filológicas. Aun cuando no incluyeran ninguna relación positiva con las cuestiones dogmáticas o morales, estarían expuestas, sin embargo, a menudo a ponerse en contradicción con el dogma o la moral» (21 sept. 1950).

Los moralistas se inclinan cada día con más interés sobre los problemas que plantean o ayudan a solucionar las ciencias sico-fisiológicas. El catequista, en la medida de sus posibilidades, ha de aceptar la visión mucho más rica que del acto humano le ofrecen dichos estudios.

Citamos un campo de investigación en el que la literatura es relativamente abundante⁶. Pero en todos los sectores aludidos en el discurso citado de Pío XII hallaríamos múltiples interferencias con la moral que no pueden dejar indiferente al catequista. Rehusar el diálogo con estos campos del conocimiento humano en continuo progreso no sería la mejor muestra de fidelidad.

...Muchos otros fallos podrían señalarse; pero se nos podría objetar con razón que señalar fallos es más fácil que indicar soluciones. Por ello intentaremos ahora dar algunas indicaciones sobre el modo de enseñar la moral en la catequesis y sobre el modo de iniciar en ella.

⁶ A modo de pequeña muestra señalemos: R. VERARDO, *Psicoanálisis y moral católica*, «Colligite» núm. 29 (1962) 23-58; M. ECK, *La maladie mentale*, editorial P. Lethielleux, París, 1963, sobre todo, p. 162-196; de esta misma editorial pueden verse los «*Cahiers Laennec*», números monográficos para el estudio médico teológico de problemas actuales; J. P. SCHALLER, *Moral y afectividad*, edit. Razón y Fe, Madrid, 1963; P. CHAUCHARD, *Por un cristianismo sin mitos*, libro que, con un título algo espectacular, presenta la editorial Fontanella (Barcelona, 1963); refleja el esfuerzo sincero de un científico para ofrecer terreno de diálogo a partir de problemas morales actuales. Del mismo autor: *Biología y moral*, edit. Fax, Madrid, 1964; recomendamos de modo especial el pequeño libro de G. VIATTE, *Morale et biopsychologie*, Casterman, París, 1964, por la deliciosa síntesis, moderna y abierta, sobre el tema; como compendio de problemas actuales: W. SCHÖLLGEN, *Problemas morales de nuestro tiempo*. edit. Herder, Barcelona, 1962.

B) COMO ENSEÑAR LA MORAL CRISTIANA

I. PUNTO DE VISTA «LOGICO».

1. APOYO NATURAL DE PARTIDA.

Una de las grandes características de la moral cristiana es su «realismo», característico también de su filosofía. «Realismo» y «optimismo»: la naturaleza es buena porque ha salido de las manos de Dios. Así, en el dogma fundamental de la Creación se apoyan el derecho natural y toda la moral. La teofanía del Sinaí es la bendición solemne del orden natural, cuyo progreso puede seguirse a lo largo de la historia y, cada día más, a lo largo de la prehistoria; Dios dejó que el hombre fuese elaborando el derecho, leyes sabias según la razón con que le había distinguido, y El, que había creado la naturaleza y la razón, quiso consagrar esta lenta elaboración de la sabiduría humana que no había cesado de alentar y guiar. Cristo con sus obras y palabras culminó este maravilloso proceso moral.

Lo dicho permite ya una indicación importante para la catequesis moral: todo lo natural y recto es bueno, y en ello la fe permite ver la mano de Dios legislador: la sociedad, la familia, el sexo, la autoridad, el trabajo, y cuantas normas fundamentales mantengan todo ello en una línea de rectitud natural, es querido por Dios. No puede haber contradicción entre lo que la moral más elevada enseña y lo que la naturaleza sana indica; si alguna contradicción se presentara, ésta puede resolverse enfocándola desde un plano superior.

Desde el punto de vista de una catequesis misionera podríamos añadir otra sugerencia: En la encrucijada importante del ecumenismo, en que buscamos lo que nos une antes que lo que nos separa, debería explotarse más la posibilidad única de la catequesis «moral» como medio óptimo de apertura hacia una catequesis «dogmática»⁷.

Como indicamos más arriba, las religiones se distinguen mucho más profundamente —y así ha de ser lógicamente— por su dogma que por su moral. Si hemos de aceptar todo lo natural bueno que exista en los demás, será muy difícil que no hallemos terrenos comunes para el diálogo. Entramos así por caminos no precisamen-

⁷ Cfr. J. M. HEREDERO, *La science morale: Enseignement religieux aux non-catholiques*, «Lumen Vitae» 16 (1961) 61-68.

te fáciles, pero por lo menos abiertos a la esperanza: la sabiduría catequística permitirá vislumbrar quizá muchos puntos de contacto en las ideas motivadoras de las conductas.

En cambio, de haberse iniciado el contacto exclusivamente en el terreno de lo dogmático, sin duda hubiera progresado mucho menos el diálogo.

2. DINÁMICA DE PROGRESO.

Nuestra moral no puede de ningún modo presentarse como un freno al progreso: sería contradicción con el orden natural, puesto que la ley del progreso se halla casi tan esencialmente inscrita en la naturaleza como el instinto de conservación, primero de los instintos.

Sin necesidad de aceptar lo que de heterodoxo pueda haber en ciertos evolucionismos, es evidente que las especies y las sociedades son llevadas por una dinámica de progreso: las ciencias biológicas e históricas tienen la palabra. En esta misma línea, pero en un plano infinitamente superior, se coloca el gran precepto al que ya hemos aludido y que mueve toda la moral cristiana: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48).

Esta perfección a la que nos obliga Cristo a apuntar, se exige tanto del individuo como de la sociedad.

Como el hombre, en el plano natural, no puede sustraerse al movimiento de la vida que le proyecta hacia la madurez, así debiera ocurrir en el plano ascético, madurez y equilibrio ascéticos que sólo pueden alcanzarse en grado óptimo por la moral cristiana; ella también ha sido fruto del largo caminar histórico ascendente dirigido por el Espíritu del Señor; y aún ahora, una vez culminada la Revelación, hay un descubrimiento continuo de nuevos valores en el Evangelio.

Desde el punto de vista social debería insistirse en el ideal importantísimo de construcción del mundo, del perfeccionamiento de la sociedad actual, como tarea ineludible que Dios asigna a los cristianos: hay que hacer un mundo cristiano; el mundo, por los cristianos, ha de alcanzar su edad adulta. El ideal, que embriaga a tantos marxistas, de renovación del mundo, tiene un contenido distinto, pero no menor urgencia para los cristianos: hacer un mundo más hermoso, más hermano, más humano, cómodo, habitable... es volun-

tad de Dios, como destacan con fuerza la «Mater et Magistra» y la «Pacem in terris».

Si nuestros contemporáneos oyeran urgir más, en la catequesis moral, esta voluntad de Dios, inaplazable, de lograr un mundo mejor como condición para entrar en la Gloria («Tuve hambre... tuve sed...»), Mt 25); sin duda muchos más mirarían a la Iglesia con ojos distintos, y se harían más abordables para el anuncio del Mensaje.

3. HECHOS.

Siendo esencialmente la moral ciencia de la práctica, es lógico que la catequesis moral se caracterice por la abundancia de «hechos» presentados: el dato concreto, el ejemplo, el caso tomado de la vida corriente, de la vida de los santos, de la Historia de la Iglesia, de la Biblia, etc.

La idea arropada en el hecho tiene un valor dinámico que reconocen tanto la experiencia y la sabiduría popular (El mejor predicador, el buen ejemplo; las palabras convencen, los ejemplos arrastran...), como la psicología, el psicoanálisis y los estudios sobre las técnicas de difusión.

Los estudios modernos de sociología muestran cómo las masas son reacias a las «doctrinas», pero están indefensas ante la «información». La mayor parte de los individuos, y más cuanto menos cultos, obedecen a esta ley. El catequista debe echar mano ampliamente de esta fuerza, y no sólo para la catequesis moral: la verdad debería ir lo más posible integrada en «hechos» que, al ser aceptados sin dificultad, depositan en la mente una idea matizada ya con un criterio de valor: la prensa y todos los medios de comunicación social usan y abusan de esta posibilidad, lo que obliga al catequista de hoy a estudiar de modo especial este recurso.

Podemos decir que el primer maestro en su manejo ha sido Dios a lo largo de esta gran lección de Pedagogía que es la Historia de la Salvación: los libros «históricos» de la Biblia no son sino catequesis a través de hechos y no entenderlo sería dificultarse tanto la labor catequística como la exégesis.

De ahí el valor moral, a veces tan poco explotado, de la Historia Sagrada, de la Vida de Jesucristo y de los Santos: lograr presentar-

los bajo un ángulo a la vez interesante y rico de contenido doctrinal ya es catequesis moral eficiente.

Por esto el fichero del catequista y su memoria, han de conceder lugar privilegiado a los «hechos»; es verdad que no basta con ello: el arte de utilizarlos es pieza clave también para el fruto que espera conseguir. No puede caer en el recurso fácil de «contar» y satisfacerse con lograr la atención, por viva que parezca; pero tampoco puede olvidar que Dios en el Antiguo Testamento, Jesucristo en el Nuevo, y todos los grandes catequistas que han procurado imitarles, han sabido conceder lugar privilegiado a los «hechos» que luego han explotado doctrinalmente según las posibilidades de sus respectivos públicos⁸.

4. POR UNA MORAL «INTELIGENTE».

A pesar de ciertas corrientes modernas en sentido contrario, una moral clarividente no puede soslayar el hecho del pecado; mucho menos podría hacerlo la moral cristiana.

Sin embargo, dentro de la línea «lógica» en que nos hemos movido hasta aquí cabrían unas indicaciones de alcance catequístico.

Como el síntoma nace de la enfermedad y el fruto brota en el árbol, así el acto malo brota del «modo malo de ser»: el pecado-acto, del pecado-fondo, del modo-de-ser-pecador.

Corregirse de «actos», arrepentirse de los mismos, repararlos, es

⁸ Traducimos algunas ideas de un autor poco citado, nos parece, por su importancia en la Historia de la Catequesis:

«El mejor método de enseñar (el catecismo) no es el que nos parece más natural cuando consideramos las verdades abstractas en sí mismas; sino el que la experiencia muestra como el más adecuado para que penetren dichas verdades en el espíritu de los oyentes. Ahora bien, en esto, creo deberíamos prestar máxima atención a la experiencia de todos los siglos. Retrocediendo seis o setecientos años (escribe en 1721), que es más o menos el período en que la máxima ignorancia se ha extendido por el cristianismo; más allá de estos desgraciados tiempos hasta el principio del mundo, hallo que se ha seguido siempre aproximadamente el mismo método para enseñar religión; que se ha utilizado sobre todo la narración y la simple deducción de los hechos sobre la cual se fundamentaban los dogmas y los preceptos de moral.

En efecto, durante los primeros dos mil años, la verdadera religión se conservó sin escritura, por sola tradición; y esta tradición no era sino el esmero religioso con que los padres narraban a sus hijos las maravillas de Dios que habían visto con sus propios ojos, o aprendido por el relato de sus padres...».

C. FLEURY, *Catéchisme historique contenant en abrégé l'Histoire Sainte et la Doctrine Chrétienne*, imprimerie Lemesle, París, 1721.

Recomendaríamos por sus ideas bíblico-catequísticas, sorprendentes en su época, la lectura de la introducción: «Discours du dessein et de l'usage de ce catéchisme».

necesario y muestra la presencia de una fuerza antagonista que podrá ser actúe a veces bajo impulsos sobrenaturales.

Aun cuando Dios exige este mínimo (además de que el camino psicológico para llegar a «la fuente» del pecado —atacar los actos malos detectables— es a menudo el único camino posible), no sería esto suficiente como solución profunda: ésta exige detectar la raíz del árbol, de donde rebrota sin cesar el mal. Estas «raíces» pueden perfectamente tener origen «natural»: humor, tendencias, temperamento, carácter, recuerdos, experiencias...; una buena prospección psicológica puede localizarlas y ayudar así a secar un manantial de hechos que se hacen condenables desde el punto de vista «sobrenatural».

Debería aún darse otro paso: evitando todo determinismo, estudiar las circunstancias extrínsecas que originan quizá o facilitan los malos condicionamientos individuales. Crear un contexto facilitador de «buena salud cristiana» supone un estudio sico-sociológico complejo; pero Dios lo quiere como triunfo en Cristo de la humanidad redimida sobre todos los elementos de pecado.

II. PUNTO DE VISTA TEOLOGICO.

1. GRANDES SÍNTESIS.

La principal lección metodológica en este sentido nos viene de Cristo: ante la especial complicación de una moral rabínica, Cristo sintetiza reiteradamente la Ley y los Profetas en dos Mandamientos; más tarde, antes de su Pasión, dará a los suyos un sólo Mandamiento, mediante la observancia del cual podrán llamarse discípulos suyos y ser reconocidos como tales.

Una de las características de la madurez, hacia la cual no debe cesarse de avanzar tanto en lo moral como en los demás valores humanos, es la capacidad de síntesis cada vez más amplias y profundas; para el «neófito» todo son «misterios»; la inteligencia avanza relacionando, se ordenan los nuevos conocimientos, y el sentido de la totalidad aparece; la totalidad, una vez estructurada, ilumina las nuevas adquisiciones.

Si el catequizando está fácilmente alejado de estas grandes síntesis cristianas, no así el catequista que debiera vivir en ellas para que cualquier punto de su enseñanza moral pudiera entroncar con

cualquiera otro de los «lenguajes» de la catequesis (litúrgico, bíblico, dogmático)⁹.

Tiene que destacar la relación íntima *entre moral y liturgia*, relación aun etimológica (*avodah*, *leiturgia* = servicio-culto) marcada desde el primer mandamiento, proscripción de todo culto a «otros dioses». Se pone así en la clara línea de las repetidas afirmaciones del Maestro: Antes de todo acto de culto ha de preceder la reconciliación (Mt 5,23-24); la condición para ser admitidos a la gran Eucaristía del cielo es la caridad-servicio que ha de probarse en el más solemne de los Juicios (Mt 25). San Pablo subraya la misma idea al censurar con vehemencia la falta de caridad con que los Corintios acuden a la Asamblea litúrgica (1 Cor 11,17-22). Santiago se irrita del mismo modo al denunciar la acepción de personas en las reuniones cristianas (Ja 2,1-4).

Si la catequesis presentara con insistencia estas grandes síntesis entre moral y liturgia se evitarían algo más los escándalos de los cristianos «de misa» que escandalizan con su modo de entender la justicia social.

Deben destacarse también las relaciones esenciales *entre moral y Biblia*. El ejemplo de Cristo es siempre la mejor lección: rechaza al Tentador apoyándose exclusivamente en textos bíblicos (Mt 4,1-11); cuando los saduceos le plantean algunos problemas de moral conyugal, les remite al texto del Génesis (Mt 22,29-33); al joven que le pregunta qué debe hacer para conseguir la vida eterna contesta resumiendo unos textos del Exodo y del Deuteronomio (Mt 19, 18-19); al doctor de la Ley que le pregunta algo semejante le dice: «¿Cómo lees en la Ley?» (Lc 10,26-28).

Y puesto que Cristo es «la Palabra de Dios», síntesis y clave de la Biblia, toda moral lógicamente cristiana ha de apoyarse sin cesar en las Palabras del Señor.

Por fin, ha de evidenciarse también la relación *entre moral y dogma*.

El espíritu humano tiene necesidad esencial de estructuración lógica; su actividad intelectual aplicada a lo religioso desemboca en «sistemas religiosos» a modo de «teologías». En estas estructuraciones tiende a apoyar su «práctica», justificarla, con lo cual introduce

⁹ El catequista hallará un cuadro sinóptico que ha de permitirle relacionar fácilmente y de modo intuitivo los cuatro lenguajes de la catequesis (bíblico, dogmático, litúrgico, moral) en SINITE 4 (1963) 396-397.

una lógica religiosa en su vivir¹⁰. Se establece un equilibrio en el espíritu humano cuando la teoría y la práctica se unifican según un mismo esquema; si éste responde a la verdad única, se alcanza la meta de las aspiraciones religiosas que pueden brotar en el hombre.

Se destacan entonces en la vida las líneas de fuerza de las virtudes teologales viendo tanto lo que las distingue como lo que las relaciona: Se cree porque se ama ya; si se ama no puede faltar la esperanza; la fe aparece como la base de la esperanza y ésta como la flor de la fe. Se comprende que fe sin caridad es esterilidad; fe o caridad sin esperanza suelen ser tragedia; esperanza sin fe, utopía...

Así el catequista traba en su presentación de la moral todos los elementos de la catequesis y jamás sabría dar una catequesis moral aislada.

Pero la misma lógica de la síntesis le obliga a jerarquizar los elementos y esto le conduce a resaltar, en el centro de la vida moral, la caridad.

2. CENTRO EN LA CARIDAD.

San Agustín, en uno de los mejores libros catequísticos que se hayan escrito —*De catechizandis rudibus*—, centra todo el método en la caridad; es fiel así al espíritu de Jesucristo y a la doctrina del Discípulo amado. Podríamos traducir la palabra de San Juan: «Este es el mandamiento del Señor» (1 Jn 3,23), por «Esta es la moral del Señor».

Tratándose de doctrina tan común¹¹, nos permitiremos subrayarla apoyando en una parábola de base moderna, evocando la ley de la entropía (la degradación irreversible de la energía en calor). Compararíamos esta entropía con cierta «justicia estricta», la cual, si

¹⁰ Una buena catequesis debería destacar algo más lo que de «dogmático» tiene todo pecado real, por lo menos en el cristianismo; si no fuera así, se trataría más bien de un «pecado material»; nuestros pecados son plenamente tales por los «dogmas» que conculcan; de ahí que una vida de pecado sea una vida de «mentira» según la fuerza con que S. Juan subraya este concepto en sus escritos.

¹¹ Además de los obligados capítulos y del enfoque de los modernos textos de enseñanza religiosa, indiquemos: J. COLOMB, *La doctrine de vie au catechisme*, (III Portrait du chrétien et loi de charité), Desclée et Cie., París, 1954... por la orientación expresa en este sentido y por la autoridad de su autor. También G. GILLEMAN, *Charité théologique et vie morale*, «Lumen Vitae» 16 (1964) 9-27.

presidiera ella sola el vivir humano, conduciría inexorablemente a todos, individuos y pueblos, al «frío absoluto», a la muerte total. Así como opondríamos los dinamismos insospechados, inagotables de la vida a la entropía, pondríamos, frente a la justicia aludida, la caridad, cierta «injusticia» que le es propia: para los fariseos de todos los siglos, «nada se crea, nada se pierde», todo se guarda, todo se paga; para Dios y sus hijos están el dar al que no merece, perdonar, olvidar, volver, quedar..., todo ello fruto de caridad; es un poner sin deuda ni motivación aparente, un como «crear de la nada».

Es probablemente una de las mayores pruebas de la «existencia del Espíritu», de las que más pueden iniciar el proceso de la fe en el hombre de hoy; ésta fue la gran «prueba» que Cristo quiso inaugurasen los suyos (cfr. Jn 17,21).

Tocando apenas la letra, pero fieles, creemos, al espíritu de algunos textos bíblicos, transcribiríamos: «Hijitos, amaos los unos a los otros... para que el mundo crea..., para que en vosotros el mayor de los gozos se haga completo»: ¡Ser creadores como Dios! Dejar pasar el flujo de vida que viene de Dios, entropía arriba, hacia la fuente, camino de Dios...

La catequesis, si predica la moral que ha de predicar, ha de lanzar al mundo un ejército de Vida «para que no mueran de hambre y de miseria». Fue el grito angustioso de Pío XII al provocar el Movimiento por un Mundo Mejor.

...Si el catequista no ve «la moral» como un capítulo del Cantar de los Cantares, como el núcleo mismo del Cantar (la consumación de las bodas de Dios con la humanidad —la esposa infiel, tan amada, tan esquiva, y por fin rescatada para siempre—); si cree que la moral es una lista de casos y de cosas más por evitar que por hacer, debe preguntarse si no hace más mal que bien en su catequesis.

Después de otorgar a la caridad esta primacía como centro de cristalización de todos los elementos de la enseñanza moral, todavía queda por asentar con fuerza lo que ha de evidenciarse como clave de bóveda y fundamento de la catequesis moral: Cristo.

3. CRISTO-FUNDAMENTO.

Como Dios y Creador del orden natural, la única Ley es su voluntad; como único Pontífice del mundo redimido, toda la ley cristiana está en su voluntad.

Con el gran pecado «cósmico» del Dios injustificado por la ley de los hombres, puede decirse que el mundo y la creación quedaron destruidos de derecho: todo quedó crucificado con Cristo; El, por su voluntad, ha devuelto al mundo el poder seguir existiendo en la línea primitiva y gozar, no sólo del orden natural, sino también de la vida sobrenatural. Por esto, una catequesis que presentara el desarrollo de la ley natural desde Adán o Moisés hasta nuestros días, sin «ruptura», daría una visión corta y poco cristiana del universo moral: Todo termina en la cruz y todo vuelve a empezar con la Muerte-Resurrección; aparentemente el orden natural no ha sido tocado; en realidad, esencialmente, fue entregado a Cristo entonces, y El lo puso en continuidad potencial, por su Pascua, con el nuevo orden de los redimidos.

Pero Cristo, además de ser así la causa eficiente de nuestro acercamiento a Dios, es el único tipo de este acercamiento perfecto: es «el camino»: rezamos como El nos ha enseñado o ha hecho, y unidos a El; confiamos en Dios y le obedecemos como El nos enseñó a hacerlo; amamos a los hombres y a las cosas como El las ha amado.

Más aun: deberíamos presentar a Cristo como el máximo ideal «humano»: existe un sólo «hombre-tipo», el Hijo del hombre; Dios ha tomado naturaleza humana y con ella ha vivido «la Ley», «la Moral»; y la Moral, que es esencialmente vida, se ha hecho carne en Cristo; así se funde en él toda vida (Moral, Sacramento y Palabra). A partir de Cristo, «la Moral» es un Hombre al que podemos adorar; la quizá desprestigiada moral de algunas catequesis rutinarias, cobra en El una grandeza indecible.

Bien sentadas estas pocas ideas básicas, orientadas, por lo menos de lejos, hacia la práctica, valgan algunas indicaciones más concretas para la iniciación moral.

C) COMO INICIAR EN LA MORAL CRISTIANA

I. DOS ANOTACIONES PREVIAS.

1. RELACIONES ENTRE TEORÍA Y PRÁCTICA.

Cristo es tajante sobre la necesidad de convertir la creencia en obras (Mt 7,24-27); Santiago y Juan insisten con fuerza en lo mis-

mo (Ja 2,14-17; 1 Jn 3,17). En las escuelas rabínicas primitivas era cuestión disputada saber si la primacía debía concederse a lo teórico o a lo práctico... El problema es, pues, antiguo¹².

En la marcha del hombre hacia la madurez se manifiestan una serie de tensiones oscilantes entre el predominio de cada uno de ambos extremos; pero una de las señales de haberse alcanzado una madurez «espiritual» es la boda pacífica entre «fe» y «obras» (Dogma y moral, creencias y vida).

Tanto la Escolástica como el psicoanálisis, aunque desde puntos de vista distintos, subrayan la importancia de la idea, del conocimiento; éste es la base de la acción y hasta puede convertirse en terapéutica al iluminar lo irracional del obrar.

Pero no es menos importante que las ideas pasen a la práctica; la idea sin acción más o menos remota, se presenta a menudo como un alma sin cuerpo, una potencia en busca de acto. La acción, la vivencia, no sólo «termina» la idea sino que proyecta luz sobre múltiples facetas de la misma y le permite enraizarse; el buen catequista, tanto como narrar hechos, debería poder «hacer practicar» la doctrina que expone; debería para ello disponer de cantidad de soluciones prácticas para que nunca sus lecciones de moral se quedaran en pura teoría; si faltara esta «aplicación» se correría el riesgo de convertir la vivencia cristiana en una especie de «sueño moral»: el catequizando confunde saber con practicar; se satisface juzgando conductas ajenas en el tamiz de sus conocimientos morales en los que diluye su sentido de responsabilidad.

2. ACCIÓN DECISIVA ESENCIAL DE DIOS.

Peligro común en la iniciación moral es que el catequista — por consiguiente el catequizando— ignoren prácticamente lo decisivo

¹² R. BLOCH, en el artículo *Ecriture et Tradition dans le Judaïsme*, (Cahiers Sionniens, mars 1954, pp. 12-13) escribe: «De modo semejante a R. Simeón, hijo de Rabbán Gamaliel, el cual enseñaba que lo esencial no es escrutar la Torah, sino practicarla (Abot, I, 17) son muchos los rabinos que insisten en la importancia de poner en práctica la enseñanza recibida. El estudio de la Torah se presenta siempre unido a su cumplimiento; sirva de ejemplo esta conversación tomada del Talmud: Rabbí Tarfón y los ancianos estaban descansando en la habitación superior de la casa de Nitzah en Lydda, cuando se planteó ante él el siguiente problema: ¿Qué es más importante: el estudio o la práctica? R. Tarfón contestó: «Es más importante la práctica». Pero R. Aquiba replicó: «Es el estudio». Por fin llegaron todos a ponerse de acuerdo: «El estudio es lo más grande, porque el estudio lleva a la acción» (Quidushim 40 b).

vo de la acción de Dios en su propia acción; la doctrina de la Providencia y de la presencia de Dios en la vida deberían remediar este posible fallo ¹³.

«Sin mí nada podéis hacer» (Jn 15,5). La causa primera de la esterilidad moral de muchas catequesis es la ausencia de Cristo: como el alma da vida al cuerpo, así el Espíritu de Cristo a la acción del cristiano. La «presencia activa» del Espíritu en la catequesis cristiana era doctrina común en la Iglesia de los Hechos.

A fuerza de darlo por supuesto, el catequista puede omitirlo y la catequesis moral falta entonces de vida por dentro ¹⁴; pierde cierto valor «sacramental», que le daba su máximo encanto y eficacia, puesto que toda la acción cristiana tiene algo del «Haced esto en memoria mía» y tiende a re-actualizar de algún modo a Cristo. Cuando, en cambio, una buena catequesis moral logra esta presencia activa de Dios buscada por el catequizando, la vida toma un sentido de culto en espíritu y verdad.

La meta de toda moral cristiana será siempre la que indicaba San Pablo al decir: «Ya no soy yo quien vivo, Cristo es el que vive en mí» (Gal 2,20).

¹³ Para dar un ejemplo que destaque la urgencia de este requisito, señalemos el interés de comenzar normalmente una catequesis de pequeños por una buena iniciación de sabor litúrgico: se trata de un pre-conocimiento de Dios por contacto-presencia, que justificará todos los futuros dinamismos morales: ¿A quién «volverán» (sentido radical hebreo de la palabra «penitencia») si no han encontrado-amado antes?... De ahí el acierto de la moderna orientación catequística que da gran importancia a la liturgia, con papel dominante para la actitud y el gesto, con los más pequeños (en este sentido un nombre que ha de tenerse en cuenta es el de H. Lubienka de Lenvai).

¹⁴ Este olvido sería probablemente el atentado más directo contra lo que es meollo de la espiritualidad bíblica: «el doble estar: Dios con nosotros, nosotros con Dios». Si tuviéramos que destacar algunos hitos, señalaríamos: el capítulo III del Exodo en el que Dios se define a Moisés como «El que está y estará con ellos»; en Isaías (7,14), el Mesías (prescindimos de discusiones exegéticas para atenernos a la tranquila afirmación de Mat. 1, 22-23) se presenta como «Dios con nosotros»; el saludo del ángel a María: «¡El Señor contigo!» (L.uc. 1,28), anuncia el maravilloso acercamiento de Dios que está a punto de culminar en Cristo; el último saludo de Cristo encierra la alusión a su permanencia indefectible junto a los suyos (Mt. 28, 20); lo perpetúa la liturgia con el saludo del sacerdote: «El Señor con vosotros»; toda la dinámica escatológica se proyecta hacia la segunda venida del Señor (Ap. 22, 17).

Sería por consiguiente incomprensible una catequesis moral que no estuviera radicalmente marcada por la «Presencia». Desde este ángulo bíblico nos complace recordar el alto valor moral de una práctica antiguísima en las escuelas y colegios de La Salle: desde tiempos del Fundador, la vida escolar viene acompañada por el recuerdo público de la «presencia de Dios» a intervalos regulares.

II. LA INICIACION.

1. RITMO.

Las mejores teorías sobre la vida cristiana han de pasar a la práctica; para esto han de enfrentarse necesariamente con los condicionamientos de este mundo, el primero de los cuales es la temporalidad; nada se hace en esta vida, sino marcado por el tiempo: el futuro cristiano nace «pagano», aunque a lo mejor de padres cristianos; sólo después de esto puede recibir el don máximo de la gracia de la que no tiene conciencia todavía. Durante un tiempo, lo más que podrá aprender son «mecanismos» de vida cristiana... Sin embargo, esperar para la iniciación moral a que el niño llegue al pleno uso de razón sería fallo catequístico: el «pequeño de hombre» no sabe lo que hace, pero puede realizar cantidad de gestos, tener muchos comportamientos que, en lo externo, son perfectamente cristianos: una limosna, tomar la actitud de oración, olvidarse momentáneamente de sí para atender a otro, etc. Al mismo tiempo, cabe una inserción de los dinamismos cristianos en la afectividad; ésta puede «cristianizarse» en el momento privilegiado en que asume las principales funciones de la vida síquica... Así, etapa tras etapa, se va cristianizando al individuo.

Todo esto lleva a una doble exigencia:

— No perder las ocasiones del ritmo impuesto por la vida (fisiológica, psicológica o socialmente)¹⁵.

— No acelerar indebidamente: es verdad que debería más bien irse un poco adelantado sobre las posibilidades del sujeto para hacer trabajar el estímulo; pero, en general, el tiempo se venga de lo que se hace sin contar con él y graves fallos de perseverancia provienen de que a lo mejor se han predicado altas vías ascéticas a individuos aún no suficientemente catequizados¹⁶.

¹⁵ La obstinación con que los ideológicamente opuestos a la Iglesia intentan controlar el campo de la educación, debería hacer caer en la cuenta a todos los catequistas de lo mucho que se ventila para la religión en la escuela; en ella, así como en la familia y en toda institución social, se elabora un «clima» que influye de modo inevitable en las futuras vivencias morales del sujeto. El esfuerzo, a menudo incomprendido o calumniado, de la Iglesia por cristianizar las estructuras sociales, se justifica sobre todo por esta influencia decisiva (positiva o negativamente) de lo social en lo moral.

¹⁶ Cfr. C. Godoy, «*Edades espirituales*» y sus aplicaciones catequísticas, SINITE 4 (1963) 193-210, especialmente, p. 206-208.

2. MODO DE REALIZAR ESTA INICIACIÓN.

Podría condensarse en las tres indicaciones siguientes: *a)* Enseñar (con la palabra y con las obras —personales o de otros—). *b)* Actuar (poner en práctica, ejercicio). *c)* Reflexionar (juzgar lo realizado para mejor conocer y mejor obrar).

Reconociendo la importancia del «ver, juzgar y actuar», creemos, por lo que se refiere propiamente a catequesis moral, es útil el esquema indicado y que vamos a analizar brevemente a continuación.

a) Enseñar.—El catequista debe dar la primacía al conocimiento; sin él, una práctica de apariencia cristiana puede ser perfectamente mágica o pagana; no puede contentarse con que todos sus catequizandos sean «practicantes»: ha de lograr motivaciones que bauticen en lo más profundo acciones que externamente parecen cristianas. Dios mira la intención profunda del ser racional y pide el culto en espíritu y verdad (cfr. Jn 4,23-24), no sólo el de los labios o de ritos controlables.

Por esto, desde siempre, el Magisterio ha concedido importancia primordial a la enseñanza del catecismo y ha considerado la ignorancia religiosa como la principal causa de la degeneración moral.

Desvirtúan el pensamiento de la Iglesia los catequistas que reducen la moral a pura enseñanza; pero tampoco serían fieles a su misión si olvidaran el papel esencial del conocimiento en la práctica cristiana.

El catequista ha de saber, además, que enseña casi tanto con sus ejemplos como con sus palabras: sus obras son la mejor ilustración de lo que predica ¹⁷.

Sin embargo, no debe contentarse con sus propios ejemplos, siempre limitados a un campo muy exiguo de la vida cristiana; aprovechando el cine, la TV., la prensa, la historia profana o sagrada, la parábola, etc..., ha de hacer actuar ante sus catequizandos a multitud de personajes de espíritu cristiano; para el que entra en una vivencia surgen cantidad de problemas cuya solución le inquieta; por ello, mira a los iniciados en tal género de vida para lograr el

¹⁷ Si el catequista se mostrara remiso en la práctica de virtudes tan evangélicas como la caridad, la humildad y la justicia, difícilmente lograría darles en su catequesis moral el lugar que les corresponde; pasarían entonces a ocupar el primer plano otros temas como la castidad, la mortificación o la muerte, etc., con matices a veces cristianamente dudosos.

secreto —como la fórmula— de sus conductas y empieza por copiarlas antes de adivinar sus móviles profundos.

b) *Actuar*. A continuación e inseparablemente de la enseñanza moral debe ejercitarse a los catequizandos en la vivencia cristiana; para ello se organizan las situaciones cuanto fuere necesario, pues no basta el azar para que las vivencias se distribuyan a través de una zona importante de la vida cristiana: el testimonio de la fe, las obras de misericordia, los actos de culto, el entreno concreto en la formulación de los juicios de valor, la orientación en el empleo de los ocios o del dinero, y tantos otros «ejercicios prácticos» alrededor de la ciencia de la acción cristiana piden estudio y preparación por parte del catequista y ésta es, quizá, una de las principales causas de que la catequesis moral quede fácilmente truncada; pero el esfuerzo que esto requiere no debiera arredrar al catequista algo exigente, como no arredra al profesor de materias profanas la preparación minuciosa de las clases prácticas correspondientes a su asignatura...

No deben, sin embargo, exagerarse las dificultades: muchos catequistas llenos de buena voluntad se cansan con poco provecho buscando «actividades» que resultan artificiales en el ambiente de la vida del chico; la primera actividad es la vida corriente en el marco de la familia, la escuela, los compañeros, las diversiones, etc.; la catequesis tiene como máxima ambición lograr que el catequizando infunda espíritu cristiano en sus vivencias; hoy, éstas; el día de mañana, otras. Pero es fallo de graves consecuencias el presentar a imitación tan sólo lo heroico utópico lejano, lo que probablemente nunca el catequizando tendrá que realizar, dejando por aburrido lo que es su pan de cada día: no hallar encanto en el deber común significa poca imaginación e inteligencia en el catequista y difícilmente podrá hacer penetrar en la primera de las grandes lecciones que recibimos del Hijo del Hombre: sus treinta años de vida «común».

c) *Reflexionar*.—Se trata de algo muy importante que olvidan amenudo quienes alcanzaron hasta la segunda condición señalada (actuar). Consiste en ejercitar en la reflexión sobre lo realizado; es la «técnica» del examen de conciencia, punto capital para la recta formación del cristiano, es decir, para el nacimiento de la «personalidad moral cristiana», condición indispensable si se quiere progresar en el largo camino de la «ley de libertad» (Ja 2,12).

Aún desde el punto de vista humano este acelerar y guiar el descubrimiento de uno mismo resulta uno de los máximos ejercicios educativos.

Desde el punto de vista de la formación moral cristiana es equivocado considerarlo como una especie de práctica de devoción reservada para especialistas en caminos de perfección; éstos son, quizá, los que menos lo necesitan; y los que más, sin duda alguna, son los que dan los primeros pasos en la práctica cristiana.

De culminar la catequesis moral en esta tercera exigencia, se evitaría la pérdida del sentido del pecado, una de las mayores calamidades que amenazan a nuestro cristianismo¹⁸.

Estas tres indicaciones, como guías de la iniciación, parecerán, quizá, no guardar proporción con la importancia concedida a lo que precedió; sería como extrañarse de la exigüidad del filo o de la punta de una «herramienta» sobre la que apoya todo el peso del instrumento. Se trata de un ejercicio en apariencia sencillo que el catequista no debe cansarse de reempezar continuamente en mil formas distintas; es la garantía humana de que la iniciación penetrará profundamente en el catequizando.

3. PRESUPUESTOS NATURALES.

Remataremos estas breves indicaciones sobre catequesis moral, insistiendo en algo que ya se apuntó al hablar del «modo de enseñar la moral»: la importancia de ciertos condicionamientos naturales; no pueden descuidarse, pues su olvido ha sido causa de muchas dificultades y fracasos. Creemos con ello mantenernos en la línea de las tendencias evidenciadas en la elaboración del «esquema 13» del Concilio Vaticano II.

Veremos estos «presupuestos naturales»: primero, bajo un ángulo más bien funcional; luego, bajo otro más bien estructural.

¹⁸ Cfr. R. POELMAN, *Examen de conscience et vie d'Eglise*, «Lumen Vitae» 16 (1961) 133-152.

Invitaríamos al catequista a fijarse en que muchos de los libros del Antiguo Testamento vienen a ser como exámenes de conciencia colectivos del Pueblo de Dios; la Nación escogida estudia su conducta frente a Dios y, a través de esta clave, mira de comprender sus vicisitudes históricas. Se cumple de modo eminentemente religioso la sentencia «Historia magistra vitae». Si los catequistas sacaran las conclusiones lógicas de lo dicho, la enseñanza de la moral cobraría virtualidades insospechadas por ésta su natural raigambre histórica.

a) *Presupuestos de tipo funcional (dinámico)*.—En su labor, el catequista, pocas veces tendrá que enfrentarse directamente con la acción del demonio; en vez de atribuirle cantidad de efectos que no le pertenecen sino muy indirectamente, hará bien en buscar las raíces de muchas dificultades en el humilde orden natural (del que no se niega eche mano con prodigalidad el tentador).

Encontraremos así que todas las fuerzas de resistencia que frenan nuestra labor en la catequesis moral (no aludimos aquí a las influencias del pecado original, aunque éstas actúen en buena parte a través de estos dinamismos naturales)¹⁹, pueden relacionarse con el más fundamental de los instintos humanos, el instinto de conservación; el subconsciente intuye en las exigencias de la Ley una pérdida, un perjuicio, un ataque o disminución y pone una resistencia de la cual el mismo sujeto amenudo no tiene conciencia.

Se adivina la labor compleja y problemática del catequista; y, sin embargo, debiera llegar a que su catequizando aceptara plenamente la exigencia de Cristo: «El que quiera salvar su vida la perderá..., quien perdiere su vida por amor mío la encontrará» (Mt 10,39); tarea sobrehumana, pero para la cual no pueden despreciarse los auxilios que otro instinto, también fundamental, ofrecen.

Nos referimos al instinto de sociabilidad, que se matizará en mil variadas formas. Aunque derivado del de conservación, ofrece un contrapeso natural extraordinario frente a los inconvenientes de éste: hace natural el servicio, la oblatividad, el dar entrada al otro dentro de sí sin sentirlo necesariamente como enemigo; abre a la posibilidad del amigo y está en el fundamento de toda clase de sociabilidad.

El catequista que sepa sintetizar en estos pocos datos de orden natural²⁰ las principales tensiones que pueden dificultar o facilitar su labor, no perdonará medio para amortiguar, sin quebrar, el primer instinto (no quebrarlo, pues, indirectamente, apagaría peligrosamente el segundo) y favorecer al máximo el otro: la formación en la abnegación, en el servicio «gratuito», el cultivo de la alegría experimentada al dar, todo esto son ejercicios que, desde lo más lejos posible, han de multiplicarse para preparar el mejor terreno en vistas

¹⁹ Orientaciones de gran interés para una catequesis moderna del pecado original pueden verse en el núm. 58 de «Catéchistes», abril de 1964.

²⁰ Cfr. E. de GREEFF, *Les instincts de défense et de sympathie*, P. U. F., París, 1947, rechazando, sin embargo, algunos de sus criterios «religiosos».

al ejercicio de la auténtica caridad teologal, y, con ella, de todas las virtudes cristianas.

Esta mirada de bondad hacia «el otro» debe extenderse a todo el ámbito social: comunidades de todo volumen, hasta la comunidad mundial han de encontrar en el catequizando disponibilidad de servicio.

El egoísmo, raíz de todos los males, no se combate tanto de frente cuanto cultivando la abnegación.

b) *Presupuestos de tipo estructural (estático)*.—Así como hay dinanismos que favorecen o dificultan seriamente la vida moral cristiana, hay también «modos de ser» que comprometen o facilitan las virtudes esenciales del cristianismo. Existen cierta rectitud, cierta ilusión y cierta bondad «naturales», sin las cuales puede preguntarse si no es utopía hablar de virtudes teologales «vivas»; podrán éstas existir infusas, en estado latente, pero muy difícil o dolorosamente irán más allá; difícilmente podrían justificar al individuo si estuvieran en él «muertas».

Hay una rectitud que es veracidad-sinceridad; una ilusión que es cierto optimismo y capacidad de esperanza; una bondad que es capacidad de don y superación mínima del egoísmo. Si el catequista no halla ante sí estos condicionamientos mínimos, ¡cuán difícil y problemática resultará su labor! ²¹.

Esto demuestra la importancia de «preparar el terreno», de crear estructuras que permitan el florecimiento de estas «virtualidades humanas»: cierta seguridad, estabilidad, cariño, bienestar en las familias, en el clima de las instituciones educadoras y de la misma catequesis...

Hemos insistido a lo largo de estas líneas más de una vez en la importancia de los «condicionamientos humanos»; con ello nos hemos afirmado en la línea de la *Pacem in terris* y en el espíritu de nuestra época tan bien reflejado en los debates del Vaticano II:

²¹ A modo de hipótesis, y como corolario de lo dicho, señalamos lo que sigue: Si se ha apoyado normalmente en lo que de condicionamiento humano tienen las virtudes teologales, cuando lleguen para el hombre las grandes crisis de la edad adulta en las que la «fe, esperanza y caridad humanas» son terriblemente sacudidas (cuando no sucumben) entonces, las virtudes «teologales» actuarán a su vez como de contrapeso y salvarán las correspondientes virtualidades «naturales» amenazadas.

Quizá por no haberse tendido a tiempo estos puentes resulten luego muchas vidas cristianas estériles e inútilmente amargadas.

es una exigencia el no descuidar, en las normas del vivir humano, ninguno de los datos del problema.

En este sentido, sin embargo, conviene no ir demasiado lejos por reacción frente a olvidos pasados, cayendo en cierto determinismo.

Quizá los dos mayores peligros para una catequesis moral auténtica sean hoy: por un lado, olvidar la fuerza extraordinaria de los condicionamientos sico-sociológicos en las conductas de los hombres (sanos y deficientes, en todas las edades y en todos los estados); y, por otra parte, anular, prácticamente, la libertad cargando la última responsabilidad de las conductas sobre las fuerzas inconscientes que pesan sobre nosotros: para muchos hombres de ciencia, seguidos por buen número de público, el pecado no existe ni puede existir ²².

No sería suficiente para el catequista encerrarse en un dogmatismo negativo: sólo con sinceridad y apertura podrá profundizar su acción catequística.

CONCLUSION

La obligada limitación de espacio nos ha obligado a ceñirnos a unas sencillas indicaciones que podrán, quizá, orientar al catequista en los problemas que le plantea la «tradición» de la moral.

Nos hubiera gustado tocar otros temas de los que no haremos, sino mencionar dos:

— El modo de la iniciación típica de cada pueblo: desde las formas involucradas en ritos religiosos de las culturas más antiguas, hasta las formas diluidas en las instituciones educativas de los pueblos más avanzados, con sus variados matices, debidos a las interferencias de la moral natural con la fe, la superstición o el laicismo.

— Las virtualidades dinámicas de las «máximas de sabiduría» remontando desde los insignes catequistas de los últimos siglos

²² Algunos de los argumentos manejados (sin negar la buena fe de muchos) recuerdan de modo extraño los esgrimidos, más de 2.000 años atrás, por los que la Biblia califica con una palabra rica de sentidos y que solemos traducir por «necio»; así como existe el «santo» (justo), que en cierto modo encarna la moral, existe el «necio» (impío, etc.) que definiría la anti-moral, o la moral por contraste; no hemos visto hasta ahora ningún estudio exegético-catequístico de cierta extensión que se ocupara de este «personaje-tipo» tan citado en los sapienciales.

hasta Egipto y Babilonia, pasando por nuestros libros sapienciales. Estas «máximas» tienen papel decisivo en la formación moral, y el uso y el abuso de las mismas debiera ser más estudiado.

Concluiremos urgiendo al catequista la necesidad de integrar a la Madre de Dios, con un culto en espíritu y verdad, en su catequesis moral: la *Mater Ecclesiae* ha sido, por designio eterno del Señor, *forma Dei*; el milagro de toda maternidad es realizar la unión en una persona de dos sustancias misteriosamente distintas: en el orden natural, de la materia y el espíritu; en el caso de María, la maravilla se hace milagro único por la integración de lo divino y lo humano en el misterio de una Iglesia *in fieri*: Misterio de maduración que lleva a cada individuo hacia el pleno «vivir en Cristo» (Fil 1,21), para que «Dios sea todo en todos» (Ef 1,22-23; 1 Cor 15,28).

C. Godoy, f.s.c.

BIBLIOGRAFIA

Indicamos primero varias revistas de orientación catequística que han dedicado atención especial en algún número a este problema:

- Didascalía* 17 (1963) 536-552.
Lumen Vitae 16 (1961) 7-150.
Catéchistes 12 (1961) 97-188.
Catéchèse 3 (1963) 261-354.
Lumière et Vie, núm. 8 (1963); núm. 21 (1955).

Van a continuación algunas obras que serán de utilidad para la formación del catequista; a algunas de ellas ya hemos aludido en las notas:

- R. SCHNACKENBURG, *Le Message moral du Nouveau Testament*, Edit. Xavier Mappus, Le Puy, 1963.—Se divide en tres partes: I.—Las exigencias morales de Jesús. II.—La enseñanza moral de la Iglesia primitiva en general. III.—La enseñanza moral de la Iglesia primitiva según sus predicadores más eminentes (Pablo, Juan, Santiago...).
- B. HAERING, *La Ley de Cristo*, dos tomos, Edit. Herder, Barcelona, 1965.—La obra ya clásica para formación de catequistas en Teología Moral.
- BOURDEAU - DANET, *Introduction à la Loi du Christ*, Edit. Liget, París, 1962.—Ofrece las grandes claves de la obra anterior en los apartados siguientes: I.—Hacia una moral de los Misterios de Cristo. II.—En la fe en el Misterio de Pascua. III.—En la caridad de Pentecostés. IV.—En la esperanza de la Parusía. En apéndice, un interesante estudio de la teología moral del P. Häring, por Philippe ANDRÉ.
- Ph. DELHAYE, *Le Décalogue et sa place dans la morale chrétienne*.—Obra concisa, pero de valor por el estudio bíblico, teológico y pastoral del tema.
- J. LECLERCQ, *La enseñanza de la moral cristiana*, Edit. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1952.
- M. TRÉMEAU, *Principes de morale chrétienne*, Edit. P. Lethielleux, París, 1958.
- W. SCHÖLLGEN, *Problemas morales de nuestro tiempo*, Edit. Herder, Barcelona. 1962.